



DEL PROGRESO.

De la moralidad política.

Un tristísimo síntoma se ofrece hoy día á la contemplacion de cuantos echen una ojeada investigadora sobre las tendencias, los movimientos y las vicisitudes de los partidos constitucionales de España; y es esa lamentable facilidad con que saben prescindir, cuando les conviene, de sus principios mas caros y que con mayor empeño han defendido, esa fatal condescendencia con que se prestan á sacrificarlos á intereses mezquinos y egoistas que nunca debieran tomarse en cuenta por hombres revestidos del apostolado de hacer triunfar en el palenque del gobierno representativo, una causa que creen legítima y santa. Siempre que la fuerza de las cosas, la conducta vituperable de sus adversarios, ó mas que nada sus propios errores, han lanzado á sus afiliados del poder en que no han sabido ó no les han permitido conservarse; siempre que por un motivo cualquiera han llegado á verse desheredados del elevado lugar en que las ideas se aplican y los principios se traducen en consecuencias prácticas, jamas pensaron en tomar la resolusion de hombres honrados y patriotas, ni en conducirse como españoles á quienes la felicidad de su pais inspira solo en la lucha encarnizada que sustentan. En vez de proseguir resignadamente la obra á que de buena fé se habian

consagrado, en lugar de mostrar cada dia una conviccion mas profunda en las doctrinas que se piensan llamados á establecer, salvas las modificaciones que el tiempo y la experiencia gubernativa hayan aconsejado como indispensables; en vez, por último, de emprender la oposicion franca, generosa y legal que hace prevalecer siempre á todas las buenas causas, lo primero que han hecho es olvidarse de todo cuanto han proclamado hasta entonces, como la verdad y la razon para desmentir sus opiniones con sus actos, y olvidando toda especie de consideraciones morales, lanzarse en la carrera de errores y de imprudencias de que antes tachaban á sus enemigos, incurrir en los propios desvarios, y por decirlo de una vez, arrastrarse en el mismo lodo. Sus ideas y principios los han guardado cuando mas para que les sirviesen de tema en la oposicion hasta ahora ideal y fantástica de la prensa y de la tribuna; pero en la esfera real y positiva de los hechos, en el campo inmundo, pero harto seguro desgraciadamente, de los amaños y de las maquinaciones, han probado caminos enteramente opuestos á los que aquellas ideas aconsejaban y aquellos principios permitian. No ha habido resorte que no hayan tocado por mas gastado y mohoso que se encontrase; no ha habido arma de que no hayan

hecho uso por mas envenenado que estuviera su temple, siempre que han creído afianzada la victoria. En viendo una bandera á que cobijarse, corriendo han ido á colocarse á su sombra, aunque fuera la bandera del enemigo y de la desercion; en viendo un ariete con que derrocar el alcázar contrario, al instante han volado á darle empuje, aunque hubiera al paso de venirse á tierra el edificio de la patria; en divisando un punto en que apoyarse, sin detenerse se han asido de él, aunque desde allí debieran rodar al abismo. El triunfo, nada mas que el triunfo, hé aqui lo que solo ha dirigido la conducta de nuestros bandos políticos, y mas que para el triunfo fuera preciso atropellar pais, doctrinas, miramientos sagrados y respetables, todo aquello sin lo cual el triunfo es una grande y verdadera iniquidad. Una intriga de córte, y una sedicion de tropa ó pueblo, tales son los dos centros hácia que han gravitado siempre todos sus deseos y esperanzas, los dos polos sobre que ha girado esclusivamente toda la máquina gubernativa desde siete años á esta parte; y harto patentes son los desastrosos resultados que esta situacion auómala y extraparlamentaria ha producido para el arraigo y el porvenir de las instituciones representativas. Estas han defraudado de tal modo los votos nacionales y á tal punto hecho subir el escepticismo politico, que si la gran mayoría de nuestros conciudadanos hubiera poseido el don de segunda vista, y adivinado las nubes que habiera de empañar un dia el puro y tersisimo horizonte de 1833, titubeara en escóger entre el despótico y sangriento órden de los años anteriores, y entre la licencia desenfrenada y anárquica que á cada momento nos amenaza. Gracias á los hombres que tal estado de cosas han creado!

Y no es el descrédito del sistema constitucional el peor de los males ocasionados por la inmoralidad de nuestros partidos. Al ver la bajeza y la deslealtad con que sus individuos hacen traicion á los mas nobles intereses por atender á sus miras de engrandecimiento y á sus sueños de poder, ¿qué hombre de bien no siente estrechársele el corazon de amargo desengaño? Al reconocer la poca fé que la inestabilidad de sus opiniones indica que tiene en ellas, ¿qué conviccion resiste al vértigo de duda y de incertidumbre que semejante ejemplo produce. Al pensar que tan escelentes ideas y tan magníficos principios solo sirven de manto para cubrir tan miserables proyectos y tan asquerosas ambiciones, ¿quién se atreve á esperar que la salvacion del pais salga de ese agitado y repugnante caos? ¡Ah! no bastaba que nuestra sociedad estuviera desposeida de toda creencia religiosa y moral que reuniese á todos bajo la influencia de una misma inspiracion; era preciso ademas que los pocos que confiesan siquiera un triste, pero igual, dogma político, hiciesen ver con su conducta que tampoco creen en él; no bastaba que el interés y el egoismo fuesen la norma de todos los actos individuales, sino que debiamos entender tambien que determinaban todas las acciones públicas; que la causa de la libertad constitucional se encontrase en todas partes débil, humillada ó vencida, si no que en todas partes la habian de desacreditar con sus personales y tristes discordias los mismos que invocan su nombre y con su nombre se apoyan. Seguramente, nunca se ha necesitado tener mayor fé en el progreso de las ideas ni mas confianza en el porvenir de los pueblos para esclamar con Byron: «Sin embargo, libertad, tu bandera destrozada, pero ondeante siempre, no deja de adelantarse como el rayo que lucha contra el viento; tu voz sonora como el clarín, aunque hoy debilitada y moribunda,

sonará mas fuerte despues de la mentos en que el menor vaiven pue-
de arrojarnos à una sima [de trastor-
nos y de conmociones. Hacemos à al-
gunos de sus individuos la justicia de
creer que son sinceras sus protestas
de que desaprueban en lo íntimo de
su corazon la rebelion intentada por
hombres de sus mismas opiniones
para restablecer los supuestos dere-
chos de doña Cristina de Borbon; pero
no se puede desconocer que su gran
mayoría ha ayudado, sino de hecho y
ostensiblemente, con deseos y en se-
creto à lo menos, sino con las armas
en la mano, con su influencia y su
prestigio, al objeto de la conspiracion
tramada en el extranjero, pagada por
el extranjero, y hecha en un interés
puramente extranjero. Era imposible,
en verdad, preparar empresa cuyo ob-
jeto fuese menos noble y patriótico.
El absolutismo puro y simple (1), la
reaccion repentina y violenta como
fin; la sedicion militar como medio; hé
aquí lo que distinguia á un proyecto en
que la inmoralidad campeaba princi-
palmente. Pero la tentativa ha quedado
frustrada por ventura, y se han des-
vanecido, el 7 de octubre las esperan-
zas de los que pensaban abrir á nues-
tro pais una nueva carrera de futu-
ros infortunios bajo el pretesto pere-
grino de libertarle del yugo de las des-
gracias presentes. Ya no tendrán afor-
tunadamente cumplimiento los votos
de los que aspiraban à dar tan recios
golpes al órden y à la legalidad, so-
color de poner coto á la revolucion y
volver su fuerza á las leyes holladas.
Gracias á los esfuerzos de la milicia
nacional que esta vez ha podido cono-
cer cuan puros y nobles laureles son
los adquiridos combatiendo la anar-
quía; á las tropas que formaban la
mayoría de la guarnicion, que no se

establecer esta nuestra acusa-
cion contra los partidos, no tenemos
en cuenta á uno mas bien que á otro
de los dos principales que se agitan
en este momento. Ambos han faltado
repetidas veces à su patria, à sus prin-
cipios y á su propio decoro de parti-
dos; ambos se han propuesto tomar
por juguete la felicidad de la desven-
turada España; ambos debieron estar
hundidos en el polvo de que no de-
bieron salir. Entonces si que no ten-
dria ya que temer la causa del ver-
dadero régimen legal, y sin que se
viese formulado en violencias ni en
injusticias; entonces si que empezaria
la era del verdadero progreso sin ne-
cesidad de aventurarse á medidas
atropelladas é imprudentes con que
no puede menos de estremecerse hon-
damente todo el edificio social. Por
desgracia, la nacion parece condenada
todavía á arrastrarse por la senda en
que moderados y exaltados la llevan
con una soga al cuello, y aun està
lejano el dia en que aparezca el mag-
nífico programa del órden unido á la
libertad, de las leyes enlazadas con los
derechos individuales, de la monar-
quía aliada con el pueblo, de la con-
servacion social bajo las bases del mo-
vimiento ascendente y progresivo de
las ideas. Pero ese dia llegará, no lo
dudemos, si los ódios y enemistades
que hoy dividen á los constitucionales
españoles dejan siquiera un vestigio
de Constitucion y gobierno, y el ab-
solutismo no confisca en provecho
suyo el terreno que tan espedito le
van dejando los amigos de la libertad.

Sugierénos sin embargo estas refle-
siones la conducta recientemente ob-
servada por uno de esos partidos, por
aquel de quien, atendidos su carácter,
sus ideas y el giro de sus sentimien-
tos, debia esperarse mas que se con-
tendria en los límites de una mode-
racion muy necesaria en unos mo-

(1) No exageramos. Solo sacamos la con-
secuencia de las premisas establecidas en la
proclama de Vitoria.

han dejado arrastrar por pérfidas y criminales sugerencias; gracias sobre todo á los diez y ocho heróicos alabarderos, que realizando la mayor hazaña de los tiempos modernos, impidieron el atentado con que una soldadesca feroz y desencadenada queria inaugurar una época de sangre y de reacciones; merced á todas estas circunstancias reunidas, y á la fatalidad que suele acompañar siempre á las empresas inmorales é inicuas, la sedicion fué vencida, los rebeldes quedaron suzuzgados, y los pocos que sustentan todavía su causa en las Provincias Vascongadas no tardarán en ceder ante las fuerzas que los combaten ó retirarse con precipitacion al reino vecino á esconder la vergüenza de haberse mostrado impotentes en sus planes de iniquidad y purgar en lo mas hondo de su conciencia el crimen de haber intentado nuevamente la guerra civil en una nacion á que la misma calamidad acaba de poner al borde de la sepultura. Seguramente estamos todavía destinados á pasar por mil tristes y azarosos acontecimientos, á sufrir el yugo de partidos inconsecuentes y egoistas, á presenciar espectáculos tristes y repugnantes; pero á lo menos podemos lisonajarnos con que no nos perseguirá ya aquel azote, ni nos avasallará, en su actual organizacion, un bando á quien acaba su inmoralidad de suicidar moralmente, ni chocar á nuestros ojos el escándalo inaudito de atacar al trono y á las leyes en nombre del trono y de las leyes mismas. El orden ha quedado triunfante, cualquiera que sea el partido que le haya atacado ó le hubiese sostenido; la disciplina militar está asegurada, sean los que fueren sus patronos ó sus enemigos en este momento; la insurreccion ha sido ó será sofocada, sea el que quiera su pretexto ú ocasion; y estas tres victorias son un gran paso hácia un sistema firme, regular y estable de gobierno, la primera prenda

tal vez de estabilidad que recibe la hermosa causa del orden y de las leyes, y que recibe de un modo hasta cierto punto providencial. Supuesto que los que habian inscripto en su estandarte las palabras *paz, orden y justicia*, reniegan de su mision y hacen pedazos su lema, la providencia ha querido encargarse de hacernos ella misma estos tres magníficos dones disponiendo en su alta y previsora sabiduría que sean los antiguos revolucionarios los que combatan ahora la revolucion, los fautores reconocidos de la indisciplina los que castiguen en este momento la insubordinacion militar, y los eternos predicadores de la intolerancia y del esclusivismo los que hoy hayan contribuido á apartarnos de un sistema de violencias y de persecuciones cuales no se habrian jamas conocido en este pais en que tales plagas son endémicas. Si, lo repetimos, es imposible desconocer la mano de la Providencia en el mal éxito de una trama que, ya sea producto del tacto de los que la han dirigido, ya sea mas probablemente efecto de la indolencia inconcebible del gobierno, habia socavado toda la nacion, reunido apoyos en todas partes, y echado por do quiera vastas y profundas raices.

Nuestro pecho se abrasa en indignacion patriótica cuando pensamos en los medios que se han desplegado para realizar el plan que acaba de abortar, y en los hombres que se han mostrado dispuestos á llevarle adelante. ¡Qué indignidad! La comuion política conocida con el nombre de moderada, sacudiendo de repente la inaccion, verdadera ó fingida, á que hasta ahora vivia entregada, ha saltado con furia las barreras de la moderacion, presentándose furiosa y audaz á atacar frente á frente al gobierno establecido, no en el terreno de la discusion y de la crítica, no en el campo lícito de la legalidad y del orden, sino por medio de la violencia y de la fuer-

za brutal, alzando el estandarte del motin y de la rebeldía. Los hombres que mostraron tan poco vigor á sus enemigos cuando los tenian delante audaces y poderosos; aquellos que dieron muestras de tan profunda apatía para aplastar el gusano que minaba el pedestal de su dominacion; los que, y esto es algo mas criminal, pudieron evitar muchísimas desgracias á su pais oponiendo un muro de moralidad y de justicia á las tentativas que contra ellos se maquinaban, en vez de rivalizar en arteria y en miseria con los maquinadores; aquellos en fin que, despues de no haber conjurado la tormenta de setiembre, huyeron vergonzosamente luego que la vieron encima, y ni siquiera se mostraron en seguida en la lucha electoral á neutralizar con su influencia la inmensísima de que ha estado en posesion la faccion dominante y de que en nuestro concepto ha hecho uso de un modo nada conveniente; esos hombres decimos, tan poco acreedores ya por todos estos conceptos ó la gratitud nacional, ahora que creian á sus adversarios debiles y gastados; ahora que el suelo extranjero les servia de foco seguro de conspiraciones; ahora que pensaban que su triunfo era infalible y sin peligro, han sabido desplegar una actividad asombrosa, tener una vez valor franca y ostensiblemente, empuñar de un modo resuelto el combate. ¿Y qué querian esos hombres? Restablecer en toda su fuerza el régimen absoluto, no fuerte robusto é ilustrado para hacer el bien general y la felicidad del pueblo; esto les seria perdonable, como lo es á los hombres á quienes el desórden y la anarquía engendrados entre nosotros por el sistema constitucional desde su introduccion hayan hecho creer que no hay salud sino en la esclusiva unidad del poder. Su objeto era fundar el despostismo endeble y miserable de los privados; rejuvenecer el árbol podrido de los derechos y de las regalías

por la gracia de Dios, renovar instituciones viejas y condenadas ya por la historia; crear en una palabra un órden de cosas que probase que la nacion habia sufrido en valde tantas revueltas y derramado inútilmente tantísima sangre.

Repetimos que era imposible acometer empresa mas inmoral y que mejor mereciese la triste suerte que le ha cabido á ella y algunos de sus gefes. La sedicion provocada por los amigos del órden, ¡qué amalgama tan monstruosa! El motin glorificado por los amantes de la legalidad, ¡qué amarga ironía! La revolucion inaugurada por los conservadores, ¡qué atroz contra-sentido! Cierto que la inmoralidad de tales medios no podia estar en relacion mas armónica con la iniquidad del fin. Medrados estábamos si al cabo de ocho años de conmociones, de violencias y de trastornos hubiéramos de tener que establecer por estos medios un régimen pacífico, legal y justiciero. Absurdo semejante no podia suceder jamas, y los que tal locura concibieron solo han conseguido probar que de hoy en adelante no quedan ya en España opiniones que se hayan respetado, doctrinas que no se hayan contradicho, ideas que no se hayan hecho trozos, y que de hoy en adelante tambien las personas, que honrada y concienzudamente simpaticaban con el partido insurreccionado en medio de sus groseros errores, deben decididamente abandonar sus filas y retirarle desde luego su apoyo al ver la mancha de inmoralidad que sobre él acaban de echar sus gefes, el sello de infamia con que le han estigmatizado sus directores. Su reciente tentativa no es ya solamente una falta; es un crimen, y gravísimo crimen, que debe acabar física y moralmente con su existencia, tal como se ha formulado hasta ahora.

¿Y cuántos motivos sin embargo, debian haber movido á esa opinion á

adoptar una línea de conducta prudente y moderada y haberse abstenido siempre de todo ataque ilegítimo y malo! Prescindamos de lo desvirtuado que debía quedar siempre como partido, aun en el supuesto mismo del triunfo, del descrédito en que caería para con los mismos cuyos intereses iba violentamente á proteger; de lo imposible que le habria de ser en adelante mantenerse unido y compacto bajo un pendon que arrastraba por el suelo; porque la consideracion del terrible azar que habia de correr en todo caso la nave del Estado, de la atroz reaccion que podian provocar sus disposiciones de parte de los hombres á quienes atacaban, debía haberles retraido de un paso cuya consecuencia mas probable era el encendimiento de una nueva y desastrosa guerra civil. No se trataba de apoyar el sistema establecido, ni menos de participar de sus excesos y de sus violencias, sino de manifestarse simplemente buenos españoles, y pensar que hartas discordias nos habian ya trabajado demasiado tiempo, y con poquisimo fruto á la verdad, para fiar á ellas otra vez el término de nuestros males. La revolucion de setiembre, es cierto, se ha mostrado bien poco acertada en todos sus actos: sus faltas son notorias, sus extravíos conocidos. Pero para contener su marcha errada é imprudente, por no decir mas, ni era conveniente, ni patriótico, ni legítimo lanzarse en una tentativa mil veces mas perjudicial, mil veces mas equivocada, mil veces mas desastrosa. Las imprudencias de los hombres del bando dominante, las rechazaban, las lloraban todos los hombres honrados, todos los españoles leales, todos los buenos progresistas; pero creian que el tiempo y la discusion debian solos causar su descrédito y su caída; pensaban que la prudencia y la razon aconsejaban que se permitiese á la nacion acabar de juzgar por sí misma; al egoismo y

á la inmoralidad de ciertos intereses mostrarse en toda su desnudez; á la pobreza y estrechez de las ideas de ciertos hombres manifestar el gran vacío que encierran en sí; opinaban en suma que, dados el sistema actual y sus extravíos, lo mejor era resignarse y esperar... Ellos, los moderados, no han querido aguardar, y precipitándose han consumado su ruina. Hombres de conservacion, no han visto que era menester partir siempre de lo existente para corregirlo, y no seguir jamás la senda de las reacciones; hombres constitucionales, no se han querido reducir á los medios que la Constitución ofrece para hacer triunfar una doctrina cualquiera, por poco avanzada que sea: partidarios de toda clase de gobiernos establecidos, han querido hacer del que ahora rige una escepcion á su principio general. Tan palmaria inconsecuencia prueba muy bien que no era precisamente un sistema, una opinion constitucional lo que se trataba de hacer prevalecer; sino una causa meramente personal, intereses puramente egoistas, y como medios de asegurar para en adelante el predominio de esa causa y de esos intereses, un órden político reaccionario é infecundo y que sus proclamas y manifestaciones dan el derecho de suponer que no fuese otro que un triste despotismo. Y el partido sin embargo á que esos hombres pertenecian tenia delante de sí una magnífica perspectiva y un vastísimo porvenir. Ahora que la revolucion ha coronado ya plenamente su obra; que nada tiene ya absolutamente que hacer en la esfera de cosas que se ha propuesto realizar; que las doctrinas disolventes y desorganizadoras han dado de sí todo su fruto, demasiado fruto, empezaban á sentir los intereses lanecesidad de un sistate regular y estable que los protegiera, de seguir un movimiento lento y acompasado que madurase las irregularidades y atropellos de la muche-

dumbre, de entrar, en una palabra, en el camino de los progresos morales, intelectuales y físicos, cuyos elementos se han estado preparando y que no ha podido por su parte realizar el partido que ha tomado su nombre por la razon de que nadie puede dar lo que no tiene. Cuando, terminando el trabajo violento y rápido de la destruccion, debia en el concepto público, empezar el lento, ordenado y difícil de la reconstitucion social, y que no habia nadie que no conociese la urgencia de hacer alto por último en la carrera revolucionaria, ninguna doctrina tenia mayores probabilidades de vencimiento que aquella que satisficase directamente à esta necesidad, ni ningun sistema mas seguridad de vencer que aquel que respondiese armónicamente à esta situacion de los ánimos. Ahora bien, la opinion conservadora reunia estas dos condiciones fundamentales, y ella era la destinada naturalmente à reemplazar al sistema actual cuyo papel ya terminó, y à quien circunstancias enteramente anómalas y accidentales conservan solo en el poder donde no hará otra cosa que manifestar cada dia mas patentemente su incapacidad absoluta para gobernar en virtud de un vasto y compacto sistema. Pero la opinion conservadora no ha querido sustituirle por los medios naturales y posibles. Una cuestion incidental, y que no nos aventuramos en decir que enteramente extraña à la verdadera política, la de regencia, cuestion que al cabo de dos años habria quedado definitivamente resuelta, la ha inducido à su criminal intentona arrebatándose à sí misma el cetro político que iba à caer infaliblemente en sus manos. Con dos años que hubiese esperado, perdía todo su valor esa cuestion à que ha dada tanta importancia, y en ellos habria podido adquirir la robustez y el vigor necesarios para dominar de una manera mas ventajosa para el pais

que lo ha hecho hasta aquí de resultas de la posicion escéntrica que la obligaban à guardar las vias tortuosas y extraparlamentarias que la han llevado casi siempre al mando.

Los moderados han tenido siempre la falta de comprender al revés todas las situaciones, y proceder à la inversa en el progreso social. Mientras tanto que hubo que destruir y que la revolucion debia llevar una marcha fatal y necesaria, se mantuvieron fieles à sus doctrinas y en oponer à aquella una resistencia fuerte é inútil, y sobre lo inútil, desastrosa. Su resistencia llegó al punto de no reparar en ningun medio por peligroso y vedado que fuese para contenerla, y esta conducta no ha contribuido poco à ensañar la lucha que ha sostenido con el partido contrario, y à que los liberales españoles esten hoy divididos por sangrientas disordias. Y ahora que la revolucion habia terminado naturalmente, que la política debia cambiar su curso, y que sus ideas eran las que habian de verificar este cambio, los moderados se olvidan enteramente de ellas, invierten totalmente su programa y se hacen revolucionarios. Su inconsecuencia es un doble crimen, por el mal que han hecho con las doctrinas que han sostenido durante tanto tiempo, y por el bien que ha dejado de hacer con ellas cuando era el lugar oportuno. En la contienda que han tenido con la revolucion y en que à la fuerza querian hacer dominar ideas cuyo tiempo no era llegado, ¿cuántas falsedades, cuántos sofismas no han obligado à decir à sus enemigos políticos para defenderse en el terreno que habian escogido? ¿Cuánto no se ha estraviado por su causa la opinion de la gran masa de los progresistas por su empeño tenaz en llevar adelante cosas cuya inoportunidad, sino su bondad, saltaba à la vista? Y si el pais tarda ahora en volver à los buenos principios; si tantos

hombres de razon, pero cuyo ànimo està prevenido de antemano por lo que anteriormente ha pasado, se resisten á reconocer que las doctrinas reinantes son estériles y fundamentalmente falsas, ¿quiénes sino ellos son los responsables? En el descrédito en que su inmoral rebellion ha hecho caer á los hombres de sus mismas ideas, si mañana se presenta una ocasion favorable de que los que hay entre ellos de honradez y de lealtad puedan hacer un bien á su pais aplicando sus principios à la resolucion de todos los problemas gubernativos, ¿con qué ventaja se presentan á sostener opiniones que tanto se ha procurado desacreditar, y que tanto se ha hecho para que se desacrediten? ¿Con qué derecho pueden alegar que los inspira simplemente el mayor celo por la prosperidad pública, y que no abrigan planes reaccionarios y liberticidas? ¿Qué responderán cuando produzcan el proyecto de organizacion municipal, y les digan que su fin es ir barrenando la Constitucion de 1837 de que sus amigos prescindian enteramente en sus proyectos sediciosos? ¿Qué, cuando anuncien una ley que estorbe que la milicia nacional sea instrumento de los partidos y víctima de sus maquinaciones, y les echen en cara que su verdadero objeto es destruir la fuerza ciudadana que ha estorbado ahora los planes criminales de los hombres de su propio color? Terrible es la situacion que ha creado espontáneamente la mayoría del partido conservador para todos sus individuos, situacion tanto mas merecida, cuanto que ha justificado completamente los dichos, las acusaciones y aun hasta las calumnias que contra él han corrido de dos años á esta parte. Por eso hemos dicho que estaba moralmente muerto, que su ruina era cierta y segura. Falta ahora saber si les es posible á sus reliquias recibir otra organizacion

distinta, ó si mas bien habrán de amalgamarse en una comunion mucho mas vasta y general donde queden enteramente confundidas y pierdan toda lucha del contacto que han tenido antes con los vencidos, y en cuyos principios mas completos encuentren todos los que hasta aqui sostuvieron suelta y fragmentariamente.

Pero volviendo ahora al objeto principal de nuestras consideraciones, decimos que la muerte del bando conservador es una profunda leccion dada á todas las fracciones de la comunion liberal. Esa caida tan rápida, tan repentina, tan desastrosa, pero tan justa y merecida, es un grande escarmiento para cuantos partidos se aparten en adelante de la línea de sus principios y renieguen de ideas que han proclamado siempre. Que el partido verdaderamente progresista, aquel que no puede simpatizar con ninguna de las opiniones que, sea cualquiera su nombre, han ocupado hasta ahora el poder, aproveche la una y no haga estéril el otro; que se emancipe definitivamente de toda influencia estraña, de toda combinacion inconsecuente, de toda alianza monstruosa; que fije los ojos en la triste y desaventajada posicion en que una conducta análoga á la de los ex-moderados, aunque gobernada por otras miras, ha colocado á la fraccion exaltada dominante. Solo asi podrá evitar sueumbir de la misma manera, y tendrá delante de si un inmenso porvenir, si alguna vez llega á formularse mas distinta y pronunciadamente que lo que está ahora.

Ese partido, como todos los que se formen en adelante en nuestro pais, no debe perder de vista que la consecuencia, que la lealtad, que la moralidad política, en fin, deben ser la base sobre que han de edificar el edificio de sus ideas para que sea eterno é imperecedero. En otro caso se exponen á pasar por las mismas alternativas, los mismos errores, las mismas

miserias que hemos señalado como pertenecientes á las opiniones que se han combatido, á incurrir, como ellas, en un gran responsabilidad ante Dios y su patria. Si la felicidad pública debe ser el objeto de sus esfuerzos, no pueden subordinar las ideas de que en su concepto depende aquella, á consideraciones estrañas á ellas ó personales; si la conviccion y la fé son las condiciones primeras de toda causa que se quiere hacer triunfar, no deben nunca mostrarse desleales y escépticos con la que hayan escogido; si quieren que sus palabras encuentren eco en el corazon de los pueblos, es preciso que sus acciones no las desmientan y que sepan morir, si es menester, mártires silenciosos de sus doctrinas.

Cuando los partidos constitucionales creen que todo les es lícito para encaramarse al poder, que por todo pueden atropellar para subir á la práctica de sus ideas políticas sin vencer los obstáculos naturales de la discusion y de la tribuna, todo está perdido para ellos y para el país á quien pretenden servir. Para ellos, porque su dominacion es siempre un simple hecho material sin ninguna base moral que cae al menor viento contrario de la fortuna, como todos los hechos que no se apoyen en principios racionales reconocidos por una mayoría ó minoría; para el país, porque la ambicion personal ocupa entonces el lugar de las ideas y de los intereses legítimos. Nada mas fácil entonces que imaginarse que es una necesidad del bien público lo que probablemente es la voz secreta y embozada del egoismo y de la pasion; y una vez conseguido el objeto bajo el pretexto honroso, llega la época de que se pongan en claro las verdaderas intenciones, y se dé rienda suelta á las exigencias é intereses individuales. Esto es lo sucedido á todos los partidos que se han encontrado en una posicion análoga; esto lo que su-

cedió á Napoleon, cuando socolor de de contener la disolucion que amagaba á la sociedad francesa, no vaciló en echar por tierra las instituciones existentes del modo violento que es conocido. Era la necesidad interior que sentia de encontrarse solo en el mando para satisfacer ámpliamente á su sed de gloria y pasion de conquistas, lo que le decidió á hacer la jornada de brumario, no el deseo de sostener el edificio social que se desmoronaba, aunque ambas cosas pudiesen estar confundidas en su vasta inteligencia; y por esto, despues de haber conseguido su objeto al verse creado emperador y rey, se entregó totalmente á sus simpatías, é inundando con sus ejércitos á la Europa entera, se paseó por ella triunfante y victorioso, hasta que gastado el resorte que le sostenia, perdido el prestigio que le rodeaba, su imperio se desvaneciò como el humo, porque solo se apoyaba en un nombre propio, en una pasion individual.

La inconsecuencia y la veleidad producen efectos tan malos ó peores todavía en la esfera de la conducta pública, que en la conducta individual. Todo partido que ha sustentado durante un tiempo dado un cierto orden de ideas y de opiniones, comete un suicidio cuando para hacerlas triunfar, prescinde de ellas aunque sea momentánea y accidentalmente. ¿Cómo vencer los obstáculos que por fuerza engendra la situacion moral ya creada? ¿Cómo arrostrar las imposibilidades que ofrece desde luego el obrar con arreglo á un sistema nuevo, desconocido y cuyo espíritu es totalmente opuesto al que antes se predicaba? Y prescindimos aquí del descrédito en que caerán sus doctrinas al verlas el país desmentidas por sus hechos, de las fatales consecuencias que tendrá la inmoralidad de este ejemplo, de la confusion y desórden que nacerán cuando se ponga en voga ese modo de obrar; porque claro está que aque-

llas perderán toda su virtualidad desde el momento en que se pierda la fé que produce la fuerza, porque es evidente que las acciones públicas influirán irresistiblemente sobre las acciones particulares, y que nadie sabrá como entenderse luego que no se pueda decir que tal categoría de opiniones, predicadas por tales hombres, está en conformidad con las que verdaderamente tiene y verdaderamente representa. Hay una conexión mas estrecha de lo que se cree entre la moralidad política y la moral privada. Los hombres se gobiernan siempre por un mismo principio en todos sus actos, sean de la naturaleza que quieran; y si ese principio es el egoismo, si su base de conducta es el interés, los mismos móviles presidirán á sus relaciones particulares que á sus acciones públicas. De aquí la influencia que las unas tienen sobre las otras, y recíprocamente. De aquí, que cuando no existe moralidad privada, no existe tampoco política de ninguna especie. ¿No es un delirio pretender que quién está acostumbrado á arreglar sus pasos solamente segun la conveniencia que puedan tener para el buen éxito de un negocio que le interesa sin pararse en considerar si son ó no conformes á las leyes morales, se someta en su marcha pública á la regla rigurosa del deber, y cuando forme parte de una comunión política, cuyo triunfo desea, no atienda esclusivamente á los medios de conseguirle en breve no parándose en su legitimidad? Un hombre honrado, incapaz de cometer un acto inmoral en beneficio de la moralidad misma, no aspirará nunca á hacer prevalecer sus ideas y principios, sacrificando esas mismas ideas, haciendo traición á sus mismos principios.

Se engañan miserablemente los que piensan que á un buen fin pueden conducir los malos medios; se equivocan tristemente los que se figuran

que una causa llega á vencer practicando lo que esa causa condena, empezando por declararse en derrota. En el orden moral, semejante proceder solo es capaz de conducir al egoismo y al interés; en el orden político, es imposible que produzca otros resultados que hacer todas las cuestiones interesadas, y dar lugar á que las doctrinas se invoquen solo como máscaras de ambiciones. En el momento que un partido se crea dispensado de mostrarse consecuente con su sistema, de mantenerle intacto y puro como su arca tradicional, no se aventura nada en decir que la cuestion de principios ha perdido todo su valor para dar lugar á la de personas, que es el poder el objeto de la discusion, no el modo de constituirle. Pensar otra cosa seria suponer que la deslealtad podría acarrear mas que deslealtades, y lá inconsecuencia contradicciones.

He aquí ahora porque hemos anatematizado con tanta fuerza la inmoralidad de nuestros partidos políticos; porque sabemos que no podria tener otro fruto que personalizar las cuestiones y hacerlas descender del punto elevado en que deben tratarse al lodazal de las pasiones individuales. Y esto es precisamente lo que está sucediendo. Quien juzgase mas favorablemente la lucha que divide á exaltados y moderados, padeceria un grande error. De resultas de las innumerables pruebas que han dado los unos y los otros de la inestabilidad de sus opiniones, todo el mundo ha perdido la fé en las verdades políticas, y únicamente las mira al través de su interés personal; las ambiciones particulares han contribuido no menos por su parte á esa misma inestabilidad, y el resultado es que las complicaciones crecen, las discordias se agitan, los odios se encienden cada dia mas, gracias al estraviado giro que los intereses y las contradicciones han dado á la cuestion liberal.

El sistema constitucional ha sido y continuará siendo una mentira, y una desastrosa mentira, mientras que la lucha no cambie enteramente de carácter, descartándose para esto de los elementos extraños que la desfiguran, purificándose de las impurezas que la corrompen, y, elevándose por fin à la altura de las contiendas políticas, abandonando el terreno de las pasiones y de los egoismos individuales. El gobierno representativo no es otra cosa que el campo de batalla en que se combaten todos los principios políticos, se agitan todos los intereses sociales; y si los unos y los otros no estan franca y lealmente representados, si los hombres que los formulan no los reproducen en toda su pureza y robustez, no hay entonces verdadera lucha, no hay ni triunfo ni derrota, porque ni aquellos principios son vencedores por su propio valor, sino por circunstancias exteriores à ella, ni aquellos intereses vencidos por su propia debilidad, sino por otros motivos ajenos de su índole; ó recíprocamente. Para que en la pelea constitucional prevalezcan verdaderamente las ideas que deban hacerse lugar por su superioridad íntima, para que de ella se desprenda el sistema que merezca gobernar el país por su virtualidad natural, es absolutamente necesario que los órganos de aquellas no las falseen jamás, ni los representantes de este le desfiguren cuando les plazca. De otra manera se tendrá una combinacion monstruosa que nada signifique, que nada espresese en su base, y que à nada conduzca en su aplicacion. Mal modo es de formar un complejo exacto, cuando se hace de modo que no puedan entrar en él todos los principios elementales que han de constituirle; del crisol en que se han introducido sustancias falsas ó adulteradas no es posible sacar mas que un compuesto falso ó adulterado tambien. Y hé aquí porque tantas gentes no quieren ver

en el régimen representativo sino una ficcion, buena cuando mas, pero de ningun modo una verdad práctica y positiva. Es un error. Ese régimen puede ser tan verdadero como cualquiera otra combinacion política con quien se compare; pero para ello se necesitan que se apoye en los cimientos que le convienen. ¿Diriamos que el gobierno absoluto era una verdad, cuando los favoritos, el ejército ó un cuerpo cualquiera de hombres dispusieran del mando à su antojo, é hicieran ilusoria la unidad del poder? ¿Diriamos que lo era el gobierno republicano, cuando el pueblo se encontrase desmoralizado ó embrutecido y abandonase el ejercicio de sus derechos políticos à merced de cuatro poderosos? No ciertamente, y por igual razon, no lo seria el gobierno representativo siempre que se falsee en sus bases y se desvirtue en la práctica su teoria. Pero que las unas se aseguren y la otra no se trunque; que las ideas y los intereses que es llamado à combinar estén legítimamente representados, y entonces será una verdad, y entonces no habrá motivo para acusarle de mas imperfeccion que à todas las cosas humanas.

Tal es nuestra opinion acerca de un punto en nuestro concepto importantísimo. Nuestras doctrinas podrán parecer ideales y fantásticas; nuestros principios podrán parecer de imposible realizacion; pero nuestro íntimo convencimiento es de que ellos son la tabla de salud del gobierno constitucional, y que à ellos será menester venir tarde ó temprano si se quiere conservársele en pie. Entretanto permitásenos exigir que ese gobierno sea lo que es en todas partes donde ya se encuentra arraigado, que reúna todas las condiciones que llena en Francia, en los Estados-Unidos, y particularmente en Inglaterra; à saber, que las ideas que à su sombra se quieran desenvolver representen algo, que los órganos

de un principio que por su medio se quiera hacer triunfar, no le hagan jamas traicion; en una palabra, que los partidos se convenzan de que el se-

creto de su existencia sólida, vigorosa y duradera está en tener **Moralidad política.**

Cayetano C.

... que los partidos se convenzan de que el se-
creto de su existencia sólida, vigorosa y duradera está en tener **Moralidad política.**
Cayetano C.

... que los partidos se convenzan de que el se-
creto de su existencia sólida, vigorosa y duradera está en tener **Moralidad política.**
Cayetano C.

Sobre la formacion de un nuevo partido constitucional.

Es un hecho incuestionable ya que uno de los dos partidos políticos que han figurado en primera línea en el orden constitucional de nuestro país ha dejado moralmente de existir desde el momento en que los hombres de esa opinion, desdiciéndose de todo cuanto han sostenido hasta ahora y haciendo traicion á sus principios mas fundamentales, se lanzaron en una lucha abierta con el partido vencedor en setiembre se arrostraron vencerle por los mismos medios sin tener en cuenta, ni las exigencias de su posicion particular, ni los obstáculos materiales que debian hallar al manejar por primera una arma que no entendia y que su propio espíritu rechazaba. Si sus enemigos políticos habian salido bien siguiendo el rumbo que han querido imitar, era porque tenian ya preparado convenientemente el terreno, era porque esta conducta estaba en estrecha relacion con las ideas buenas ó malas á cuya defensa vivian consagrados; era en fin, porque no habian omitido tomar serias precauciones para el buen éxito de su tentativa, asegurándose fuertes simpatías, contrayendo poderosas alianzas, y no perdonando medio de conseguir que el edificio que levantaban tuviese toda la solidez y firmeza apetecibles. A pesar de esto, es dudoso que hubieran conseguido triunfar, si las faltas de los que dominaban entonces no les hubiesen allanado principalmente el camino, si las imprudencias de los mismos no hubieran dado á su causa nueva fuerza y nuevo prestigio, si su debilidad y cobardía por último no hubiesen subido al punto de evitar por su parte toda re-

sistencia para solo pensar en huir. Pero creer que los conservadores podrian vencer con la misma facilidad teniendo que poner en contradiccion manifiesta con sus doctrinas mas favoritas, sin preparar anticipadamente un plan maduro y reflexionado, y atropellando por todos los obstáculos que se encontraran al paso, era padecer un grande error: figurarse que un nombre que, dígase lo que se quiera, ha ya mucho tiempo que no es popular en España, que una parte del ejército que forzosamente ha de gravitar hácia su centro natural y conocido, que una causa egoísta y en pugna con los intereses españoles habian de ser elementos bastante poderosos para darles la victoria, era imaginar un delirio. Ese nombre podia ademas faltarles, ese plan abortar fácilmente; y los interesados en esa causa calcular mas detenidamente su conveniencia y pensar que iban contra sus verdaderos intereses en asociarse á unos hombres que podian ser vencidos, y cuya rota debia tener para ellos desastrosas consecuencias. Y esto es precisamente lo que ha sucedido. La persona cuyo nombre se invocaba les ha faltado de un modo á la verdad que no podian nunca esperarse; la conspiracion fraguada no ha tenido otro resultado que ataques aislados é impotentes, el descubrimiento de toda la iniquidad de sus miras bien manifiesto en sus proclamas; los provincianos han entregado ellos mismos á sus principales gefes, convencidos de que solo pretendian servirse de los fueros como escalon para realizar sus ambiciones. Todo pues se ha frustrado con una rapidez espantosa. La at-

mósfera ha quedado libre de las nubes que empezaban á amontonarse, y nada han podido conseguir los que ansiaban la tormenta. De todas maneras aun cuando en las provincias Vascongadas hubiesen los conspiradores encontrado mayores simpatías, y el golpe de mano del 7 de octubre producido todo su efecto, la cuestión estaba lejos de estar resuelta. Quedaban todavía en pie las pasiones revolucionarias de ciertas provincias, y con cuyo obstáculo no sabemos si se había contado; y suponiendo á la trama que acababa de desconcertarse todas las probabilidades de triunfo, sus autores no habrían conseguido mas objeto que el encendimiento de una nueva guerra civil entre todas las fracciones del partido liberal, cuya sola consideración debiera haberla retraído de su aventurado proyecto, si hubiesen tenido una chispa de españolismo en sus corazones y una sombra de moralidad en sus conciencias.

No obstante, si los moderados han muerto como partido, si los hombres todos que han militado en sus filas deben haber perdido ya la esperanza de formar en adelante una comunión política que no podría resistir á la mancha que llevaria en su frente; sus principios, esos nobles principios de que se han apartado tan villanamente no pueden sucumbir: sus ideas, esas grandes ideas por ellos tan inmoralmente holladas, no pueden perecer. Los unos y las otras resucitarán tanto mas fuertes y robustos, cuanto mayor haya sido el escándalo con que hayan sido desconocidos; porque los unos y las otras no podrán menos de ganar en vigor y en vitalidad en cuanto salgan de los hombres en cuyas manos se habían mantenido estériles é impotentes, ni dejarán de adquirir el crédito y la popularidad que nunca han logrado tener, luego que se purifiquen del contacto de las personas que tan indigno uso han hecho

de ellos siempre, y en cuyo poder vivian sofocados bajo el peso de elementos estraños y de intereses heterogéneos. Lo único que sucederá es que las doctrinas conservadoras se simbolizarán en otros hombres, tomarán vida en otros órganos capaces de hacerlas fecundas y vigorosas, de darles el prestigio y el favor de que tanto necesitan. Esos hombres, esos órganos, habrán de estar necesariamente libres de todo compromiso con el partido vencido; ó por lo menos sus vínculos con el necesitan ser bastante débiles para no participar de sus prevenciones estrechas ni estar asociados física ni moralmente á la obra de sus errores y extravíos; y en ningun caso deberán haber incurrido en la responsabilidad del alto crimen intentado contra el país y contra el orden constitucional por los hombres de sus mismas opiniones.

Por otra parte, de que los exaltados propiamente dichos hayan quedado vencedores en esta ocasion en la persona del representante que ellos se han escogido, ¿se infiere que sus ideas se hayan afirmado y robustecido mas que lo que estaban, y que su sistema goce un crédito y un valor mayores que hasta ahora? Nosotros no lo creemos; por el contrario, pensamos que faltas y errores análogos á los del bando contrario los han traído á una situación difícil de que no sabemos como saldrán, y que los medios á que anteriormente han tenido que recurrir en su egoísmo y miras interesadas, han causado paulatinamente un influjo tan fatal sobre la existencia de su partido, como el atentado del Real Palacio le acaba de tener de un modo brusco y fulminante sobre la del partido opuesto. Además, las palabras, progreso y libertad, que hasta ahora han formado su programa, solo han servido en su boca para cometer excesos y autorizar violencias; en términos que estas dos mag-

nificas y significativas palabras, si encuentran todavía eco entre la gente crédula y sencilla, están tristemente desacreditadas entre las personas de razon y de sentido que han visto el horrible abuso que de ellas se ha hecho, que saben que han encubierto tantas veces medidas reaccionarias y sentimientos serviles. Parece, pues, tambien inevitable que los principios fundamentales reconocidos hasta aqui por la fraccion exaltada se formulen á su vez por otros hombres y se encarnen en otros órganos que no engendren con ellos una situacion anárquica y desordenada, ni pongan en combustion por su medio los mas delicados intereses. Esos hombres, esos órganos estarán á su vez fuera del alcance de las pasiones dominantes, no habrán participado de los errores revolucionarios; y si alguna simpatía los liga al actual orden de cosas, serán los primeros á condenar lo que tienen de fatal y de delincuente.

Luego si fuese realizable una alianza entre estas dos fracciones políticas que deben suceder naturalmente á las que han luchado entre sí con tanta saña hasta el momento presente, ó lo que es lo mismo y acaso mejor, si pudiera nacer una comunión nueva que abarcase á las dos su seno, que ofreciese á los conservadores garantías de orden y de estabilidad, y á los progresistas condiciones de libertad y de progreso, que hiciese ver á unos y á otros indistintamente que todas estas cosas, lejos de estar reñidas entre sí, se necesitan, se sostienen y se rectifican reciprocamente, sería llegada naturalmente la hora de la desaparicion de los partidos existentes, de esos partidos que han sido tan desastrosos para el país; y si quedaba alguno en pie, sería un bando escéntrico, caprichoso y aislado, cuya influencia no se haría sentir en los destinos públicos, ni su existencia entorpecería nunca la marcha del progreso social. Nuestro

país alcanzar entonces esa época de paz y de sosiego que tanto ansia y que tanto la hacen esperar en valde las contiendas políticas que le destrozan. El sistema representativo llegara por su parte á adquirir el vigor y la firmeza indispensables para que sirva de palanca á nuestros progresos físicos, intelectuales y morales, progresos que tambien aguardamos vanamente de los bandos constitucionales que se disputan el poder. No habria por consiguiente mas que motivos para felicitarse de la existencia de ese nuevo partido, que lejos de aumentar con sus exigencias la confusion y baraunda presentes, propenderia necesariamente á armonizar á todos, á poner á todos de acuerdo, á hacer que todos convergiesen sus esfuerzos á un solo punto, á un solo término.

Ahora bien, ¿es éste partido posible? Aqui hay dos cuestiones, una de hecho, y otra de principios, una real y otra ideal, una de práctica y otra de teoría. Consideremos sucesivamente las dos.

En cuanto á la cuestion práctica y de aplicacion, creemos seguro que se encontrarán dispuestos á formar parte de él todos aquellos que, desengañados de los tristes efectos que han producido las actuales banderías en su actual organizacion, comprendan la necesidad de formar un nuevo núcleo de hombres políticos, libres de toda tacha, independientes de toda influencia y para quienes la virtud y el patriotismo no sean palabras vanas y vacías de sentido. Prescindiendo de la estrechez de los principios admitidos en este momento por los partidos constitucionales, sin parar la atencion en la fatalidad que ha acompañado siempre á su dominacion por lo incompleto de sus ideas y lo reducido de sus opiniones, ¿no es una triste verdad que principios, ideas y opiniones no han hecho nunca mas que encubrir miserables intereses y perniciosos egois-

mos? ¿Se oculta à nadie que la pasión, la inmoralidad y la mala fé han influido fundamentalmente en todas las contiendas, formando su principal origen? No queremos detenernos à hacer ver lo que para cualquiera debe ya estar fuera de toda discusion; lo único que desearíamos se comprendiese era la urgecia imperiosa de salir cuanto antes del círculo de las facciones que hasta ahora han avasallado el pais, de lo imposible que es construir una obra sólida y duradera con los gastados é inficionados elementos que ellas ofrecen. La formacion de un nuevo partido constitucional que los sustituyera y se encargase de un trabajo inabordable para ellas, sería tanto mas necesaria, cuanto que la muerte infalible de la opinion conservadora va à dejar sin contrapeso ninguno à la opinion dominante, à esa opinion á quien el alborozo del triunfo, lejos de contener en su marcha de groseros errores y vituperables escesos, va à animar nuevamente para proseguirla con mayor empeño. Este partido se compondria 1.º de todos los hombres que habiendo visto el vicio que se encerraba en las ideas de los bandos conocidos, se han mantenido fuera de la esfera de su accion, porque comprendian la libertad bajo bases mas firmes y racionales, y el orden de un modo mas amplio y constitucional; 2.º de la minoría de la comunión exaltada á quien un sentimiento generoso conservaba unida con los principios progresistas, pero que han lamentado siempre los estravíos cometidos en su nombre y la falta de no estar equilibrados por otros principios de diversa índole; 3.º y último, de la minoría de la opinion conservadora, que fijándose en lo indispensable que es la estabilidad para nuestras sociedades modernas trabajadas por mil causas de disolucion, simpatizaban con las doctrinas conservadoras; y que sin embargo comprendian lo ciegamente que eran apli-

cadadas, y la necesidad de hacerlas mas populares y progresivas. Estas tres fracciones, y particularmente la primera, serian bastante numerosas en sí para constituir una comunión tan fuerte, tan robusta, tan inmensa que ella formase definitivamente el partido grande, el partido superior, el partido verdaderamente nacional que todos racional ó instintivamente desean, que todos mas ó menos secretamente llaman. Su programa tendria por cabeza *fé y moralidad*; la fé que ha faltado siempre á todas las opiniones políticas que se han dado á conocer; la moralidad de que tan escandalosamente han prescindido en su modo de conducirse y gobernarse; la fé y la moralidad que, por mas que sean dos palabras tan estrañas á los oídos de nuestros incrédulos y perversos contemporáneos, serán el puerto de salvacion de la sociedad política, lo mismo que de la moral y religiosa, si es que esas sociedades no quieren perecer; la fé y la moralidad que habrán de prevalecer irresistiblemente en los corazones de todos los hombres públicos, si alguna vez ha de disiparse esa nube de infamia y de porquería que ahora oscurece nuestros ojos y sofoca nuestro aliento. Bajo la égida de estas dos ideas, el partido de que hablamos se adelantaria firme y confiado á conquistar la voluntad pública, y alcanzar por su medio el crédito y el prestigio general de que los demas han estado desposeídos. Ellas formarian el vínculo de union de los sentimientos de todos los que perteneciesen á él, si sus opiniones no estuvieran enteramente acordes, y en todo caso fueran el lema distintivo con que se diferenciases de aquellos que bajo nombres menos claros y significativos han estado amontonando infortunios y mas infortunios sobre su siempre infortunado pais.

Mas la necesidad de este tercer partido, tan diverso en su índole y carácter de los demas, resalta mu-

cho mas euando , dirigiendo una ojeada à las doctrinas que estos han pretendido representar, se echa de ver la gran falta de que adolecen, el grande error que en sí encierran, y los absurdos que naturalmente habian de arrastrar esta falta y este error primitivos, absurdos que tarde ó temprano tenian que manifestarse. El exámen de esto nos conducirá al mismo tiempo á dar la solucion teórica y de principios de que hablamos al presentar el problema de la posibilidad de la existencia de ese partido en cuestion.

Sus ideas mal refrenadas, sus intereses fuertemente heridos y sus simpatías absurdas por la causa de una princesa á la que nunca hemos podido comprender qué vínculos de gratitud le unían de su parte bastante poderosos para hacerle atropellar todo orden de consideraciones, han sido los motivos directos, la ocasion que ha llevado al partido conservador á la tentativa absolutista que acaba de hacer recientemente; pero desde mucho tiempo atrás le arrastraba á lo propio una tendencia secreta, una fuerza instintiva, una fatalidad irresistible que no estaba en su mano vencer. Sus medios no habrian sido tan inicuos, ni su fin tan reaccionario; pero siempre hubiera constituido la *unidad del poder* á que con tanto ahinco aspiraba echando por tierra todos los obstáculos contrarios, haciendo ilusorias las condiciones del gobierno representativo, viciando fundamentalmente el orden constitucional, aunque no chocara directamente con aquellos ni derrocara definitivamente este. La legalidad hubiese sido el resorte que hubiera puesto en accion, pero sus planes no habrian cambiado de objeto. La lógica de los principios le habria obligado á seguir lenta y sosegadamente la conducta atropellada y violenta que le ha hecho adoptar en esta ocasion la dialéc-

tica de las pasiones; y si no hubiera visto cumplidos sus deseos y esperanzas sobre este punto, es porque entonces, como ahora, habria encontrado para combatirle y parar sus golpes otro partido, no menos exclusivo ni estrecho á la verdad que él, pero providencialmente suscitado á fin de que, enarbolando la contraria bandera, hiciese el papel que le convenia y que ningun otro pudiera hacer. Y esto es lo que instintivamente entendia una parte de la masa nacional cuando gritaba hace dos años que los moderados trataban de barrenar la Constitucion del Estado y entronizar el despotismo, aunque sea lo mas razonable creer que eso estuyese entonces lejos de sus miras y fueracontrario á sus intenciones.

En virtud, en efecto, de la natural ley que arrastra hácia la unidad al espíritu humano, todo principio aspira á estender omnímodamente su influjo, toda idea pugna por hacer universal su accion, toda creencia combate ardentemente por entronizarse en todos los ánimos, dominar á todas las voluntades y apoderarse de todas las inteligencias; de donde se sigue que cuando ese principio es incompleto, esa idea escasa y esa creencia imperfecta, sus consecuencias últimas y sus efectos remotos serán necesariamente fatales y dañosos porque exigirán la division de lo que está unido, el mutilamiento de lo que está entero, la disolucion de lo que está concentrado. Pensar que una doctrina fragmentaria científica, política y social, pueda nunca explicar las ciencias, formular un buen gobierno, y dirigir con acierto la sociedad, es pensar que lo relativo sea susceptible de engendrar lo absoluto, lo monstruoso lo regular, que de la muerte pueda á veces salir la vida. En este caso se encontraban las opiniones de los conservadores. Fundábanse estas en un principio exclusivo que las minaba fun-

damentalmente en su base; apoyábanse en una idea reducida que las entorpecía en su desarrollo; sustentábanse en una creencia pobre que las imposibilitaba de alcanzar su fin; de aquí su impotencia, su inacción, su esterilidad. Su principio era la sociedad; su idea el orden; su creencia, que la soberanía residía nada más que en el Trono. El individuo, la libertad, el poder del pueblo eran relegados por ellos al segundo plano. No rechazaban verdaderamente ninguna de estas cosas; pero las subordinaban enteramente á las primeras y las admitían solo como consecuencia y derivación de ellas; al individuo, como una creación de la sociedad y que nada representaba sin ella; á la libertad, como un efecto del orden y no valiéndola nada por sí misma; al poder del pueblo representado en las Cortes, como una concesión de la Corona hecha de su plena voluntad y para mayor conveniencia propia. Si tales no eran francamente sus teorías, era porque en todos los partidos hay un poco de inconsecuencia, era porque ellos mismos eran víctimas de una ilusión inevitable, era porque tampoco se hubiesen atrevido á formularlas en toda su terrible desnudez; mas claramente se conocía que no pensaban de otro modo cuando discurrían en sus periódicos, en su tribuna y en sus cátedras, y la lógica los obligaba á declamar con la violencia que es conocida en favor de las facultades sociales, de las exigencias del orden, y de las prerogativas del Trono; y contra los derechos individuales, las necesidades de la libertad, y la soberanía del pueblo.

Como para ellos estas tres últimas ideas no eran tan fundamentales, tan necesarias, tan primitivas como las tres primeras de que derivaban solo su legitimidad, sin negarlas de un modo absoluto sucedía que al construir su sistema político no encontraban verdadero lugar donde colocarlas,

y tácitamente les negaban toda influencia y virtualidad. Sucédiales en política lo que á los espiritualistas exagerados les pasa en filosofía; no pudiendo probar la realidad de los cuerpos del punto de partido aislado en que se colocan, la conciencia individual, y no atreviéndose sin embargo á negarla porque se pondrían en oposición con el sentido común, la reconocen sin saber por qué, ó como una pura creación del espíritu, es decir, que la niegan de hecho.

Ahora bien, el mismo es el vicio de la fórmula progresista. Parte ella á su vez de un principio exclusivo también que la destruye desde luego en su cimiento; estriba en una idea en igual grado reducida que la entorpece en su marcha; se cobija bajo una creencia igualmente pobre que la impide moralmente cumplir su obra; de aquí la misma impotencia, la propia inacción, igual esterilidad. Su principio es el individuo; su idea la libertad; su creencia que la soberanía del pueblo reside exclusivamente en la nación. La sociedad, el orden y el poder de la Corona ocupan el segundo lugar según la mencionada fórmula. No desecha ninguno de estos tres elementos en rigor; pero los absorbe completamente en los otros, y los reconoce únicamente como un efecto y una declaración de ellos; á la sociedad como un medio accesorio de regularizar la acción individual, al orden como una garantía ventajosa para afianzar la libertad; al poder de la Corona como una emanación del pueblo á quien le es útil dividir su soberanía y delegar una parte. Si el partido exaltado no ha descubierto tan claramente su pensamiento, y esó que ha embozado mucho más sus ideas por la fuerza de su oposición, ha sido por razones idénticas á las del partido moderado, por qué también él ha sido algo inconsecuente, porque padecía igualmente una ilusión irresistible, porque la ma-

yor parte de sus individuos han querido y quieren de buena fé las instituciones monárquicas; pero bien á las claras se ha desprendido y desprende de todas cuantas manifestaciones, documentos y discursos han salido á apoyar su conducta, harto evidentemente lo indican esas proclamas y esposiciones de ayuntamientos en que se predica la anarquía y se escita á las facciones, socolor de defender los derechos y prerogativas del pueblo. Como para las opiniones dominantes la sociedad, el orden y la Corona no son objetos tan sagrados y respetables como el individuo, la libertad y la soberanía nacional, de que traen sólo su carácter legítimo, no rechazándolos tampoco absolutamente, no les dan la importancia debida en su sistema, y los reducen indirectamente á servir de suplemento á los otros; á ser una pálida y triste imágen de lo que verdaderamente deben representar. Ocúrreles sobre esto á los axaltados, y permítasenos hacer de ellos una comparacion análoga á la que hicimos de los conservadores; ocúrreles, decimos, lo que á los filósofos materialistas más pronunciados que, siéndoles imposible demostrar la existencia del espíritu, y temiendo por otra parte incurrir en descrédito ante la razon humana, la reconocen por esto; mas vagamente y como una pura emanacion de la materia, es decir, que la rechazan en realidad.

Vemos, pues, que las doctrinas exaltadas y moderadas son ambas á dos incompletas, y que siendo inversamente las mismas, pecarán inversamente por las mismas faltas. Por los propios motivos incurrirán inversamente en los propios excesos en virtud de la tendencia que hemos dicho tiene toda doctrina á desenvolverse de un modo absoluto y universal. Esa falta es la estrechez, segun acabamos de ver, del punto de partida, la pobreza de la idea generadora, la mise-

ria de la creencia fundamental. Esos excesos, conocidos igualmente, son establecer dos sistemas políticos, igualmente desastrosos para el pais, aunque reciprocamente contrarios, á saber, el centralismo absoluto como fin, y el absolutismo como medio de parte del bando llamado conservador; el *federalismo absoluto* como fin, y la *república* como medio de parte del bando titulado progresista. Y no hay que hacerse ilusiones acerca de este punto. Así como los moderados vinieron á parar de un modo irresistible en formular el despotismo en el momento que no quisieron reconocer el contrapeso del partido contrario, los exaltados irán á perderse infaliblemente en la democracia federativa ahora que no hay nadie que pueda servirles de estorbo. Si la república nos amenaza de una manera inminente, lo mismo que nos amagaba hace dias el despotismo, y la república nos devorará, como nos hubiera devorado este, si no encuentra á su vez un partido que la combata y súbryugue. Comprendan los exaltados prudentes y los moderados previsores este peligro, y combinen los medios de apartarle; convénzanse de él tambien todos los hombres honrados é independientes, y unan sus esfuerzos á los primeros para evitar la mas grande de las calamidades que pudieran sobrevenir á nuestro pais entre todas las que le han sobrevenido; la calamidad que acabaría infaliblemente con nuestra independencia, con nuestra nacionalidad, con la existencia misma de nuestro pueblo. Porque tras la república vendría el desórden, la anarquía, la disolucion social completa, del mismo modo que tras el despotismo habria venido el servilismo, el envilecimiento, la degeneracion nacional toda.

Ahora puede ya concebirse bien claro, cuan urgente, cuan imperiosa es la creacion del tercer partido que hemos propuesto, compuesto de las

tres fracciones que dejamos indicadas. Sobre los grandes servicios que apuntamos podría hacer su existencia, tales como la destrucción de los partidos existentes, tan incompletos, tan egoístas, tan inmorales, la pacificación moral de España y la consolidación del orden constitucional, haría el notabilísimo de oponer una resistencia fuerte, vigorosa é invencible á ese partido republicano que nos amaga audaz y envalentonado. Si en algún tiempo pudo ser despreciable, ahora que el partido que le ha engendrado naturalmente se encuentra solo y sin que modere su acción el partido conservador que ha dejado de existir; ahora que los excesos que han conducido á este último á la muerte, provocaràn necesariamente una reacción muy grave en sentido contrario, el partido republicano es temible y poderoso como nunca. Citaremos en comprobación el aspecto amenazador que presentan ciertas provincias, los síntomas de desórden que en muchas gentes se advierte, y esa inquietud vaga y recelosa que sienten todos los hombres honrados de que se verifique un hondo estremecimiento político y social. Los exaltados no son capaces de contener ese trastorno que nos amenaza, esa disolución que nos mina, ese provincialismo imponente que nos amedrenta. Para esto sería menester que tuviesen notable capacidad para fundar un gobierno fuerte, sólido y robusto, y ellos están moralmente incapacitados de gobernar. La experiencia pasada nos habla sobre esto bastante claro. Solo el partido á que nos referimos podría realizar una obra colosal é imposible para pigmeos.

Porque, lo repetimos, no solo sería bastante numeroso en sí para oponer una fuerza poderosa á cuantos partidos quisieran encerrar en su estrecho círculo á las masas populares, sino que contaría muy en breve con

las verdaderas simpatías de la nación. Ya hemos dicho que la *fé* y la *moralidad* debían ser la cabeza de su programa, y la *fé* y la moralidad gozarán favor siempre aun en las sociedades escépticas y disolutas. Por otra parte, no podría tampoco incurrir en los mismos excesos ni herir por consiguiente las mismas susceptibilidades, porque como le concebimos nosotros tendría en su propio seno el correctivo de sus errores y el contrapeso de sus extravíos. Escusado es decir si un partido semejante se haría fácilmente aceptar.

En efecto, para conseguir esta superioridad sobre los bandos políticos conocidos y prevalecer de una manera decidida é irresistible, el partido en cuestión debería adoptar una fórmula tan vasta, tan completa, tan general, que abarcase en sí los principios y las ideas que forman el patrimonio de cada uno de aquellos, todos los cuales se derivasen de un mismo punto de partida y tuviesen su explicación en el mismo orden de consideraciones. La sociedad, por ejemplo, debería ser no solo la condición del individuo, sino es la base de aquella; la libertad no solo habría de deducirse sino apoyarse fundamentalmente en aquella; la soberanía del pueblo debería estar además en relación tan íntima con la soberanía del trono, que las dos soberanías se suspusiesen recíprocamente como necesarias, que las dos se sirviesen á sí mismas recíprocamente de la mas positiva garantía, que las dos ensanchasen su acción á un paso simultáneo y armónico. La sociedad, el orden y la Corona, lejos de escluir directa ó indirectamente al individuo, á la libertad y al pueblo, deberían encontrarse en dicho sistema en una estrecha y rigurosa alianza, de manera que fuese imposible atentar física y moralmente á cualquiera de estas cosas sin atacar igualmente á las demas,

y sin que ellas no tuviesen que resentirse poderosamente del ataque.

Esta fórmula no sería sin embargo una cosa análoga á lo que se ha llamado eclecticismo en filosofía. El sistema ecléctico no era otra que una mezcla informe, una aglomeración monstruosa de las ideas y opiniones que al eclecticizante le placía escoger en el campo abundante de las sectas filosóficas; y como no podía hacerse tal elección sin tener el hilo conductor que la verificase, sin poseer en realidad el mismo sistema filosófico que se iba á construir, el eclecticismo se resumía por último en una contradicción. Nuestra fórmula sería mas bien una alta síntesis que comprendiese á la verdad los resultados de todas las doctrinas políticas, pero que se los asimilara naturalmente deduciéndolos de un principio propio y fundándolos en bases exclusivamente suyas.

El mundo filosófico, científico y social ofrece hoy el espectáculo de una gran lucha moral entre las ideas que circulan por él. Esta lucha se traduce en un dualismo intelectual que forma los dos polos sobre que gira y ha girado hasta ahora, ó sea en un combate entre dos principios totalmente opuestos en su carácter y en su tendencia, que engendran á su vez dos categorías de hechos enteramente contrarios tambien en todas sus manifestaciones. Asi en metafísica lo infinito y lo finito sirven respectivamente de fundamento á las escuelas panteística y materialista, y los metafísicos estan discordes sobre si explicar á la criatura por Dios, ó á Dios por la criatura. En lógica, se reconocen dos criterios fundamentales con que se confunden mas ó menos implícitamente todos los demás, la autoridad y el sentimiento individual, y los dialécticos disputan sobre si han de tener su apoyo en la primera todas las verdades conocidas,

ó si deben fundarse mejor en el segundo. En física se consideran los cuerpos bajo dos puntos de vista diferentes, el de su inercia ó de su actividad, y la cuestion que los físicos traen es sobre si sus propiedades deben explicarse mirándolos como una reunion de átomos, ó como una agregación de fuerzas. En economía social, dominan dos principios fundamentales y opuestos, el de la asociación y el de la concurrencia, y todo el debate gira entre los economistas sobre si es mas conveniente organizar universalmente el trabajo ó dejarle del todo al arbitrio individual. Lo propio sucede en moral con las ideas de obligación y de conveniencia, en bellas artes con las de belleza absoluta ó relativa, estando unos porque deben tenerse únicamente en cuenta las de la primera categoría, y otros porque las de la segunda; y lo propio ocurre por último en la ciencia del derecho público. En el órden político hay una opinion que piensa que la sociedad, el órden, el trono, la conservacion constituyen el único fundamento sólido y verdadero de todas las constituciones, y existe otra que cree que lo son el individuo, la libertad, el pueblo, el progreso, &c. Tanto un bando como el otro de los diversos campos que hemos recorrido, juzga de su parte toda la razon, y la contienda se hace interminable, porque está claro que, poniéndose cada partido en un punto de vista exclusivamente suyo, y que el otro no reconoce, es moralmente imposible que nunca lleguen á entenderse. Y sin embargo, si la armonía es la ley suprema del mundo físico y espiritual, si la unidad es el principio general de todos los seres ideales y reales, porque la creacion es la imagen del Criador, y el Criador es esencialmente armónico y uno, parece necesario que todas esas ideas que luchan, que todas esas opiniones que combaten se armonicen entre sí y se resuel-

van en una unidad superior que las explique y justifique todas. Parece indispensable en otros términos, que ese dualismo irresoluble se resuma en una unidad absoluta, cuya existencia implique ese mismo dualismo; que se haga en fin, por seguir una comparación ya hecha, una tentativa igual á la que estan haciendo todos los filósofos fuertes de nuestros días que, convencidos de la imposibilidad forzosa de explicar el espíritu por la materia, y vice-versa, tratan de remontarse al principio trascendente en que la materia y el espíritu se apoyan, y de que son espresiones diversas y opuestas manifestaciones.

Tal creemos sea la verdadera misión del siglo XIX. En medio de la confusión y del desórden ocasionados en Europa por tantas ideas que se hostilizan, tantas opiniones que se pelean y tantos intereses que se desgarran, empieza á traslucirse que todas esas ideas son legítimas; todas esas opiniones justas, todos esos intereses sagrados. Principiase á comprender la necesidad de reconocer todas las causas, de hacer justicia á todas las creencias, de respetar todos los principios, y que el gran problema está, no en el triunfo completo y definitivo de uno de los campos sobre el otro, sino en poner acordes á todos los combatientes y reconocer sus pretensiones por igualdad y en la medida conveniente para que no se sufoquen ni se destruyan recíprocamente. De aquí esa alianza de todas las ideas filosóficas europeas y su tendencia á un mismo fin determinado; de aquí ese movimiento sincrónico de las ciencias á establecerse sobre las mismas bases; de aquí, en fin, esa inclinación universal de los gobiernos á la paz, ese deseo de la concordia que no alcanzan á amortiguar los intereses mas esenciales ni las pasiones mas generosas, medios ambos indispensables de realizar la reconciliación general del

mundo filosófico, científico y social.

Una inclinación y una tendencia análogas inspiraron hace algunos años ese eclecticismo de que hemos hecho referencia: tentativa que por la inoportunidad de la época en que se practicó y la escasa capacidad de los hombres que la promovieron, fue estéril y quedó abortada. La misma inclinación y tendencia han sugerido al partido democrático el principio magnífico de la igualdad, ese dogma profundo tan poco comprendido y con tanta ceguedad desacreditado. La misma tendencia é inclinación han acarreado en fin la formación de los gobiernos representativos, y son la base de su existencia y el secreto de su popularidad.

Los gobiernos representativos cuya verdadera filosofía se conoce muy poco, están distantes de ser sistemas interinos y de transición, como algunos han dado en creer. Son por el contrario sistemas eternos y permanentes; la conquista mas envidiable de la libertad moderna; la palanca mas poderosa de la civilización, si se constituyen de modo que correspondan verdaderamente á su objeto, esto es, que tengan por consecuencia forzosa la armonía de todas las creencias, la alianza de todas las ideas, la combinación de todos los intereses, en una palabra, que sean el conducto por cuyo medio converjan hácia un mismo punto todas las fuerzas sociales. Si llegasen á establecerse bajo tales condiciones tienen para sí todo el porvenir, porque serán el bello ideal de los gobiernos á que deban aspirar las naciones en el movimiento ascendente de su ilustración política y moral. Desgraciadamente los sistemas constitucionales de Europa se apartan inmensamente de su verdadera teoría; todas las constituciones conocidas estan formadas bajo la influencia de principios opuestos á los que deberian haber presidido á su establecimiento, y en este

concepto necesitan importantes correcciones. La nuestra es por fortuna quizá la que menos peca por esta parte; como tal vez demostraremos algún día. Pero el vicio fundamental de aquellos sistemas está principalmente en el modo de ser comprendidos, en el desarrollo de las ideas prácticas que los sostienen, en las instituciones secundarias que los completan. En este punto se hacen notar en ellos vacíos inmensos, bastándonos decir por ahora que ni uno solo presenta el reflejo siquiera de lo que deben ser tales gobiernos, que todos están organizados de una manera anómala, monstruosa é inconsecuente.

Resumiendo ahora todo cuanto acabamos de decir, vemos que la idea de satisfacer en el orden político á la necesidad que el mundo siente en todos los órdenes de cosas, no es de las que menos debían influir en la formación del tercer partido que proponemos, y que esto sería precisamente una de sus mayores glorias. Por lo demás creemos escusado insistir sobre otras mil razones que pudiéramos alegar en nuestro sentido. Con la dicho basta si nos quieren comprender.

Nuestras palabras no se encaminan á esas opiniones exclusivas que tienen ó han tenido monopolizado el país, y no nos han dado ni nos dan otro es-

pectáculo que el de la ambición egoísta que las atormenta, de los intereses mezquinos que las preocupan, y de las ruines pasiones que las trabajan. Nos dirigimos á los hombres honrados é independientes de todo compromiso que esten dispuestos á asociarse á una obra en nuestro concepto patriótica y santa; á los pocos de esas mismas opiniones que sientan en su corazón la necesidad de romper con amigos políticos que los deshonoran; á todos aquellos, en una palabra, que piensen, como nosotros, llegado el tiempo de perder de vista tantas miserias, de acabar con tantas infamias, de salir de ese inmundo lodazal que está próximo á convertirse, téngase esto muy presente, en un charco de sangre. Si encontrásemos en esos hombres simpatías, nos alegraremos; porque juzgaremos haber contribuido á evitar un gran mal á nuestra patria; si los encontramos incrédulos ó desdeñosos, nos quedará el triste consuelo de haber cumplido con un deber de conciencia. De todos modos es imposible seguir en adelante como hasta aquí. Y nuestra profunda convicción es que el solo recurso que resta es una renovación total de los partidos constitucionales.

C. C.

Del sistema de violencias.

Liberales de alma y de corazón, progresistas honrados y de buena fé, exaltados para todo lo que sea noble y generoso, combatiremos siempre el despotismo bajo cualquiera forma que se presente, atacaremos las medidas reaccionarias por respetable que sea el principio que se invoca en su apoyo, y rechazaremos todo cuanto lleve el sello de la violencia y de la injusticia, por disculpables que parezcan ambas por la santidad del objeto que se pretende conseguir. Los nombres nos importan muy poco. Si las cosas que ellos han significado siempre, no existen de una manera real y positiva, esto no será obstáculo para hacer durísima guerra á los que en esos nombres apoyan; si estos solo han de servir para encubrir miras y disculpar acciones que les sean contradictorias, eso mismo nos animará á anatematizar con doble fuerza á los que de ellos hacen un uso tan deplorable. Nuestra oposición será tanto más rigurosa cuanto más fuertes debían ser naturalmente las simpatías que á esos hombres nos ligasen, si cumpliesen fiel y lealmente la misión que son llamados á desempeñar, y nuestras palabras irán envueltas en tanta mayor indignación cuanto más tachas encontremos en su conducta al verlos olvidar los compromisos morales que les imponían otra muy diferente.

Escusado es decir que nos referimos en este momento á la situación actual. Lo que se hace, lo que se procura, lo que se quisiera hacer es tan ostensible, que nadie se toma la molestia de negarlo. Dícese únicamente que todo eso es necesario y conveniente, que todo eso está autorizado por las maquinaciones de los enemigos de

la libertad. Así, pues, la necesidad y la conveniencia son el pretexto que se toma para justificar la exaltación de las pasiones; la libertad amenaza convertirse en ocasión de tiranía, y las palabras de madama Roland la caminar al cadalso, si no se varía de rumbo, tendrán que resonar triste y profundamente en el corazón de todos sus amigos!!

Nosotros nos hemos sinceramente congratulado de la derrota sufrida últimamente por los fautores del despotismo y de la rebelión; nosotros nos hemos asociado ardentemente al triunfo obtenido por la opinión exaltada, porque esa derrota es la seguridad de que no tendremos ya guerra civil, y ese triunfo una garantía contra los que en adelante traten de combatir las leyes y el orden establecido; con nosotros estaba el sentimiento de todos los hombres honrados, independientes y á quien inspiraba un españolismo puro; pero es preciso convenir en que se hacen todos los esfuerzos posibles para desvirtuar este sentimiento por parte de los mismos que están particularmente interesados en consolidar el actual orden de cosas, en acreditarle á los ojos de la Europa entera que podría atribuir un carácter diferente á la lucha que acaba de decidirse, en cerrar para siempre la puerta á las tramas y á las maquinaciones que en todas las épocas han sido promovidas por la violencia y la persecución. Al reconocer que la intolerancia persigue no solo á los que no participan de las opiniones dominantes, no siendo criminal ni conspiradora su indiferencia, si no que la odiosidad los acosa y la hostilidad los veja sin compasión, no podemos menos de preguntarnos si

hay en efecto motivo para que reine tanta agitacion en los ánimos, si hay cordura en dar tanto empuje à las pasiones, si existe necesidad de que reine tal esclavismo en las ideas y en los sentimientos de gran parte de nuestros compatriotas; y nuestra razon nos responde, y la voz de nuestro corazon lo confirma, que un fatal estravío puede solo inspirar cierta conducta y sugerir ciertas medidas en la ocasion presente. Si llegan ciertos períodos fatales en la vida de los pueblos en que parece inevitable aflojar todos los resortes y poner en movimiento todas las palancas para vencer los elementos de resistencia que entorpecen y sofocan aquella, nuestro pais afortunadamente no ha llegado nunca à ese triste caso, ni vistose en esa dura alternativa, porque en él ha sido muy fácil la obra revolucionaria, que no estando combatida por otros enemigos verdaderamente temibles que las horridas facciosas, no encontró ningunos obstáculos morales y puede marchar adelante sin peligro y sin recelo; ahora sobre todo que está totalmente consumado el trabajo disolvente sin que haya surgido otra oposicion que la que han pensado hacer hombres con asombrosa rapidez vencidos y cuyos planes no han encontrado eco, debe evitarse particularmente adoptar un rumbo que parecería dar à entender que ahora es cuando entramos en una de esas épocas anómalas y tristes de que hemos hecho mencion. De no estar en revolucion, aunque esto no se diga; de no dirigir su instinto secreto à los hombres del día, ¿cómo es posible conciliar ciertas cosas con un régimen pacífico y normal? ¿Cómo concebir ciertas exigencias con un orden legal y ordinario? Pero nosotros creemos que no debíamos gobernarlos revolucionariamente, ni regirnos por leyes de escepcion y de circunstancias; porque rije todavía la Constitucion de 1837, y la institucion de las Cortes

y de la Corona que ella ha creado, y el poder judicial que ella ha establecido, y los derechos que ella ha consagrado; y quienes usurpan las prerogativas de la una, pretenden sojuzgar las atribuciones del otro, y desconocen ó huellan ostensiblemente los últimos, barrenan por su base misma el código fundamental que los rebeldes moderados atacaban, y que los fieles exaltados no debian atacar, favorecen el sistema de violencias que los unos aspiraban à hacer prevalecer, y que los otros debian proscribir enteramente, preparan el despotismo que los unos deseaban introducir, y que los otros debian rechazar siempre con horror. Ahora no hay siquiera el pretexto que en setiembre en cuya época se afirma que el pueblo lo pudo hacer todo en uso de su soberanía; ahora están en vigor todos los poderes sociales, el trono representado por el gefe que lo mismo que los desconocen son los primeros à decir que el pueblo se escogió voluntariamente, y la representacion nacional de quien no se ha dicho hasta ahora que haya infringido la Constitucion, ni sus individuos incurrido en la nota de traidores, lo que en su concepto hubiera hecho caducar sus poderes. Y no se diga que no habiéndose proclamado los estados de sitio, no se ha proclamado un régimen escepcional y violento: los nombres, repetimos, nos importan nada. No somos tan novicios en la ciencia de la historia que ignoremos lo poco que estos han valido siempre cuando no han correspondido à un orden de hechos prácticos y verdaderos, lo elásticas que pueden volverse todas las fórmulas cuando se trunca su espíritu y se desconoce su objeto; y no necesitábamos alcanzar en verdad la época que corre para saber que no es difícil imitar las hazañas de los Meér y de los Clonard con un aire popular y al parecer legítimo.

No, por mas que haga, no logrará

convencernos nadie que sean necesarios los escesos y las violencias para echar por tierra un partido vencido, para neutralizar planes que por su inmoralidad y locura han tenido que abortar. Nunca creeremos que el derecho de los vencedores sea otro que consolidar la victoria, afianzarse para el porvenir, y no tomar una estéril é inútil venganza. Que á cuantos hubiesen intervenido directamente en el movimiento sedicioso de octubre, se les castigase con toda la severidad de las leyes, lo consideramos justo; que á aquellos que hayan simpatizado con él, se les ponga fuera de estado de convertir en hechos esas simpatías, lo comprendíamos tambien; pero que, á cuantos por haber estado ligados anteriormente por vínculos políticos con los que han proclamado la sedicion sin que su conducta haya dado á entender que la aprobaban ó la sostenian; que á los que se han mantenido tranquilos y fieles en sus casas sin hostilizar al gobierno, ni conspirar contra su existencia se les persiga, se les acose, se les atropelle de mil maneras; que á los que habiendo delinquido, estén ya bajo la salvaguardia de las leyes y se encuentran pendientes de su fallo, se les quiera hacer purgar mayor pena que aquella que estas le impongan, haciendo pesar en la balanza de la justicia consideraciones enteramente estrañas á su delito, es cosa que no esperábamos ciertamente, y que no puede merecer de nuestra parte mas que una fuerte y viva reprobacion. Y adviértase que no tomamos en cuenta los miramientos políticos que aconsejan un proceder mas cuerdo y moderado; que no apelamos al interés que tiene naturalmente el sistema dominante en no aparecer bajo los tristes colores con que le han pintado sus enemigos; que no invocamos la generosidad que siempre debiera vibrar en los pechos liberales. La faccion sojuzgada se ha

conducido recientemente de un modo tan odioso é inicuo que ha provocado por necesidad una reaccion terrible en que las pasiones despertadas y los ánimos enardecidos sofocan todos los sentimientos nobles y elevados que en tiempos menos revueltos quèremos creer que se harian oir; la creacion de un órden de cosas semejante es acaso el mayor crimen que pueden echarla en cara todos los buenos españoles, y lo que deben llorar sus individuos de buena fé con amarguissimas lágrimas. Por eso no hacemos valer en este momento razones que, aunque de grande importancia, sin embargo se perderian en medio de la exaltacion reinante. Juzgamos á los hombres de la situacion solo bajo el punto de vista de la justicia y legalidad; porque, lo repetimos, los moderados han hecho de manera que sea moralmente imposible presentar en su defensa otros argumentos que los que nunca pueden faltar á ninguna causa, siendo solo acreedores á lo que lo serian cualesquiera hombres que gimiesen bajo el peso de la acusacion mas terrible.

Lo que mas particularmente nos duele, es ese estravio de ideas, esa confusion de sentimientos que lleva á algunos hombres á pedir una pena severa contra delincuentes, antes de que el tribunal haya pronunciado, antes que el crimen esté plenamente probado y los reos convictos. No basta que pueda creerse moralmente que muchos de los individuos sujetos al Consejo de guerra tomaron una parte activa en el atentado del 7; si se quiere que juzgue la ley y no la fuerza, la justicia y no la opresion; si se quiere que la sentencia criminal no sea un asesinato juridico, es menester dejar enteramente espedita la accion legal, no ponerle obstáculos de ninguna clase, no mostrarle exigencias que pudieran hacerla torcer de su camino. Querer otra cosa es entremeterse

á juzgar del sagrado de las intenciones, á condenar principios, no criminales, á cortar cabezas á enemigos que estorban, no á impedir que vuelvan á cometerse iguales tentativas. Esos hombres que, arrastrados por un vértigo de fatalidad, se atreven á sostener que es poca cuanta sangre se derrame, no saben el abismo que abren bajo sus pies, no comprenden todo lo horrible del porvenir que así preparan. Sin atender mas que á un sentimiento errado de justicia, no ven lo fácil que es deslizarse por su medio en el camino de las venganzas. En nombre del país que es sobre quien recae todo en último resultado, les rogamos que mediten bien lo que piensan y sus efectos, que miren las cosas con mayor templanza y sangre fría, y que, no dejándose llevar de ideas exageradas y violentas, se resistan de sentimientos mas humanos, y nos atrevéremos á decir mas liberales.

El desvario llega al punto de haber oido nosotros sostener á muchas personas, á quienes sería ciertamente una injuria acusar de ferocidad, que no debe tenerse clemencia con los moderados, porque en su lugar ellos no la hubieran tenido, porque ellos tambien hubiesen satisfecho venganzas, y crueles venganzas. Nuestra opinion sobre este punto es terminante. El haberse frustrado la tentativa del 7 nos ha ahorrado, tal lo creemos, una era sangrienta y reaccionaria, una serie de excesos atroces que hubieran sobrepujado de hecho á los que hasta ahora se cometen; pero los moderados habrían merecido el nombre de feroces, de bárbaros y de sanguinarios, como le mereció Fernando VII cuando levantó las horcas de proscripción en 1823, y le merecieron los hombres del terror cuando alzaron las guillotinas. El error está en creer que no le merecerán igualmente todos cuantos le ini-

ten, cualquiera que sea el motivo en que se apoyen, y el pretexto con que se escuden.

Y el gobierno que debia el primero dar ejemplo de moralidad y justicia, que necesitaba mas que nadie pesar maduramente sus pasos, y adoptar cual ninguno una conducta imparcial y moderada para no ofrecer alas á los elementos disolventes que están polulando en nuestra sociedad, es el que ha abierto el camino de las imprudencias y de las pasiones en la esfera de accion ruin, miserable y raquítica, donde han solido obrar hasta aqui todos los gobiernos que hemos conocido al frente del poder ejecutivo. Ese gobierno, bastante torpe para no saber prevenir la conspiracion que acaba de frustrarse con tan milagrosa facilidad, ó bastante indolente en no tomar con anticipacion todas las medidas necesarias para que no tuviera lugar una calamidad en todos conceptos temible, pretende ahora tomar una estéril venganza haciendo sufrir á los inocentes los efectos de su crasa ignorancia ó de su culpable indolencia. La idea de la terrible responsabilidad que ha contraido para con el país dejando fraguar casi á ojos vistas un plan vastísimo y de inmensas ramificaciones, responsabilidad que sin duda le exigirán severamente las Cortes luego que estén reunidas; esa idea, decimos, le obliga seguramente en este momento á mostrar actividad y diligencia, para hacer ver á sus amigos que él no se descuida por su parte en robustecer el sistema reinante, para neutralizar los efectos que contra el pudiera traer el choque parlamentario que le espera; pero como su influencia debió hacerse sentir antes del movimiento insurreccional, no cuando su pronta sufocacion la ha hecho vana y de ningun valor; como su deber era prevenir mas bien que castigar; toda esa diligencia tiene que resumirse en cólera; toda esa actividad

en miseria. De aquí esa actitud, tan imponente al parecer, y que solo indica debilidad; de aquí esas órdenes dominadas por tan grande espíritu de intolerancia; de aquí esas medidas absurdas que no pueden producir mas que descontentos.

Si el gobierno, por ejemplo, en esas separaciones de empleados que ejecuta diariamente se limitase á depone solo á aquellos funcionarios que por la elevada posicion que ocupan al frente de las provincias pudieran hacerle realmente un mal verdadero y positivo, comprenderíamos su conducta. Entonces creeríamos que estaba en su derecho, y nos guardaríamos muy bien de censurarle por eso; mas, ¿qué daño pueden hacerle esos funcionarios de segundo orden, esos empleados insignificantes que solo piensan en la nómina y en el empleo, y á quienes se echa sin compasion de las oficinas? ¿Qué oposicion es fácil que hagan cuando su propio interés les aconseja que encubran sus simpatías si algunas tienen? ¿No saben por una dolorosa esperiencia que es tal la desgracia de su posicion, que el servilismo y la hipocresía deben distinguirlos ante todas cosas, y que no les es lícito tener opiniones propias? Y si no se juzga por su proceder actual, por los hechos, por noticias ciertas, sino por sus antecedentes, por sus intenciones, por simples sospechas, entonces se abre la puerta á todas las arbitrariedades y se comete ademas la mas atroz de las injusticias, ¿no ha habido tiempo hasta ahora de espurgar la administracion? En todo caso es altamente tiránico imponer pena á los hombres porque no piensan de cierto y determinado modo, siempre que se abstengan de todo acto vituperable ó criminal. Si los funcionarios públicos tienen la desgracia, no de ser enemigos declarados de ciertos hombres y de ciertos héroes, sino de pensar que esos hombres no valen mucho, y que esos

héroes no deben ensalzarse á las nubes, no merecen censura por su opinion, porque no nos rige á nuestro entender el absolutismo, ni domina por consiguiente entre nosotros el principio de la autoridad que impone hasta los pensamientos y las creencias. En los destinos que desempeñan sirven á su pais, no á los ministros que accidentalmente dirigen su suerte; de otra manera seria de todo punto imposible una administracion organizada en una nacion gobernada por instituciones representativas en que cambian tan fácilmente los sistemas de gobierno y los hombres que las representan. Querer que con las opiniones de estos hombres varien las de los empleados todos de la gerarquía administrativa, es pretender el mayor de los absurdos posibles, ó desear que no haya jamas administracion; no se juega así con las personas, ni se las convierte en máquina. Asi que, los ministros que los separan de ellos por otra razon que por faltas en los mismos cometidas, ejercen una facultad que la Constitucion les concede; pero hacen de ella un uso ilegítimo y reprehensible. Es el medio seguro de acabar con toda moralidad pública, este elemento indispensable de un buen sistema gubernativo, esta condicion *sine qua non* de un gobierno vasto y central y de que carece en grado eminente el cuerpo de nuestros empleados.

La medida de despojo tomada por los ministros no es menos odiosa en su forma que fatal en sus resultados. Se previene á los gefes de oficina que informen sobre la conducta de sus subalternos, la confianza que inspiran &c. &c., y una porcion de puntos que deben ponerlos en gravísimo compromiso por poco que se estimen á sí propios, y escasa idea que tengan de su dignidad: sabemos de algunos de ellos que por declinar toda responsabilidad han respondido favorable-

mente á los individuos que les estan subordinados, pero dicen que en todo caso el gefe político podria informar con mayor amplitud. Nuevo encargo puesá este último funcionario para que ponga en juego todos los medios que estan en su mano y averigüe lo que los empleados piensan, lo que los empleados hablan, lo que los empleados hicieron en este ó aquel día, y otras lindezas por este jaez que recuerdan tanto los antiguos tiempos del despotismo; y como dicho señor no puede tener otros disponibles de averiguar este cúmulo de circunstancias que por los agentes de que para tales casos se valen todos los gobiernos, es decir, de la policia secreta, la cual, y sea esto para la inteligencia de los que lo ignoran, está recientemente establecida desde el 7 de octubre acá, preciso es convenir en que se hacen depender de gente bien miserable el sosiego y el bienestar de muchos hombres que de seguro son mas honrados que aquellos que estan ejerciendo el oficio de espías ó soplones. De manera que por una parte se da lugar á que se despleguen de lleno todas las intrigas burocráticas, á que se pongan en movimiento todos los odios oficinescos, á que se satisfagan todas las venganzas particulares de gefe á subalterno, y por otra se tocan todos los resortes inmorales é inicuos que suelen poner solo en accion los gobiernos tiránicos y opresores. Esto no era ciertamente lo que teniamos derecho á esperar de las ideas de los hombres del poder actual si las aplicasen leal y honradamente, con tanto mayor motivo cuanto que habian sido los primeros á censurar, y nosotros con ellos, iguales tendencias en el partido contrario cuando estos tenian principalmente por objeto persecuciones politicas; pero está visto que cada partido dominante que se sucede ha de violar mas ostensiblemente sus principios que aquel que le precedió, que ha de incurrir cada dia en

mayor número de contradicciones, que ha de dar con mas frecuencia nuevos escándalos. Los hombres del partido moderado no habian ido nunca tan lejos en su sistema de exclusion y de ostracismo, y es una triste fatalidad que sean los hombres que se dicen del progreso los que se hayan encargado de poner una inquisicion encargada de perseguir por opiniones politicas.

Si los ministros poseyeran una idea mediana de las condiciones que debe reunir un gobierno digno de este nombre, si fuesen siquiera bastante prudentes para hacer por su interes particular lo que no tíenen la virtud de practicar por la cosa pública, comprenderian cuan comprometidas son las separaciones sistemáticas de empleados, y veria que él mas que nadie es quien puede perder en ellas. Porque esos funcionarios depuestos por motivos politicos, se encuentran desde luego lanzados fatalmente en una causa contraria á aquella de los que han verificado su deposicion, y su interés personal los arrastra á promover su triunfo por todos los medios posibles. Entónces sí que los que antes se habian mostrado pasivos é indiferentes, se vuelven activos y contrarios; entonces sí que empiezan las verdaderas conspiraciones de parte de aquellos que nada habian intentado hasta allí contra el gobierno que los separára. Arrojadados de las carrera que encerraba todas sus esperanzas, del punto en que ganaban su pan, seria suponerles capaces de un sacrificio sublime, y que excederia á las fuerzas de un hombre ordinario pensar que no habian de desacreditar por todas partes el órden de cosas á que debian su espulsion, de hacerle una guerra sorda pero cruda y sostenida, y no parar hasta dar en tierra con los que les quitaran su porvenir y su sustento. Aprendan los ministros con el ejemplo de los ministros pasados; vean los que ellos y los sistemas que representaban han ade-

lantado con las separaciones de empleados; reconozcan si han tomado medidas que mas contrarias se les hayan vuelto, y acaben de convencerse por fin que son lo mas imprudente, lo mas impolítico, lo mas opuesto á la estabilidad y á la duracion de un gobierno que ha podido hacerse en un pais donde tienen tanto influjo en el desórden y la anarquía las pasiones personales, donde el interés y el egoismo distinguen tan característicamente á las revueltas políticas, y donde, por decirlo de una vez, si no hubiese cesantes, no habria nunca revoluciones.

Réstanos hablar del aspecto imponente y amenazador que toman esas ciudades que no sabemos con que motivo se apropian facultades soberanas, y donde un título ridículo encubren usurpaciones monstruosas de poder y de autoridad. Si el gobierno es bastante débil para consentir que se desconozcan sus atribuciones y se salte por las prerogativas del Trono y de las Córtes que es su obligacion hacer respetar, los hombres que así invaden las unas y desconocen las otras, debieran limitar su esfera de acción á la que exigiese puramente el interés de la defensa propia que se invoca para justificar todas esas monstruosidades. Pero ¿con qué derecho imponen esas multas crecidas á personas inofensivas y que, cualesquiera que sean sus antecedentes, no los han traducido ahora manifestaciones ostensibles? ¿Con qué derecho se imponen esos destierros arbitrarios á gente pacífica, que sean las que quieran sus simpatías, las han guardado dentro de su corazón sin prepararse á cometer actos delincuentes? ¿Con qué derecho se cometen todos esos atropellos y violencias que se perpetran invocando pretextos frívolos ó deshonorosos? Porque el movimiento de las pasiones y la exaltacion de los ánimos son tales que, teniendo esos individuos á quie-

nes se persigue la mas leve nota en su conducta para ser juzgados por un tribunal, no se les dejaría de someterlos á su fallo, supeditado por las exigencias que estan á la órden del día. La ley de la fuerza y el principio de la tiranía pueden únicamente autorizar un proceder muy extraño de hombres que se dicen armarse por la libertad y contra el despotismo que aspiraba á imponer la faccion moderada.

De ese modo se desacredita el régimen actual, de ese modo se estravía acerca de él la opinion fuera de España, de ese modo puede hacerse únicamente posible la desgracia de una invasion extranjera; de ese modo tambien, y de las otras maneras que antes hemos indicado, se desacredita con razon el progreso, se desacredita la libertad y se engendran el escepticismo y la inmoralidad que neutralizan el uno y destruyen la otra. Y nosotros, progresistas sinceros y liberales honrados, no solo no podemos aprobar unas medidas que rechazan nuestros sentimientos, sino que debemos protestar contra ellas solemnemente en nombre de la libertad y del progreso mismo. Si la ambicion, el interés, la sed de venganza ú otras pasiones de ruin ralea inspiran una conducta injusta, apasionada y violenta, no se calumnien al menos principios, ni se profanen ideas que solo merecen respeto y veneracion.

Los hechos de toda clase que hemos atacado podria tener lugar en una época de revolucion, como indicamos ya; pero, segun dijimos tambien, no debiamos estar en revolucion, porque nos regia aun el código de 1837, y los poderes constitucionales creados por él. En otro caso seria menester dar razon á los insurgentes de Vitoria, decir con ellos que eran fundamentalmente nulas las actuales Córtes, legitimar en cierto modo la insurreccion, es decir, afirmar que el sistema reinante rige de hecho, y no por dere-

cho. Vean sus amigos si les acomoda esta consecuencia.

Aun las mismas revoluciones estan obligadas á mostrarse en sus actos fieles á cierto órden de consideraciones, á respetar, por ejemplo, las ideas y los principios morales. Y gracias que asi merezcan indulgencia ante la historia y perdon ante la posteridad, si ciertos excesos las pervierten, si ciertas violencias las estravian, si el cadalso y la sangre las manchan y llenan de luto Robespierre no ha merecido todavía que le oigan para que sus hechos sean juzgados con la debida imparcialidad; todavía no ha alcanzado que todos generalmente comprendan que él y sus amigos no hicieron mas que sacrificarse á una obra patrióticamente necesaria, y que en este concepto cargaron con una inmensa responsabilidad de crueldad y de crimen; en una palabra, aun no ha llegado para su persona la hora de la justicia del porvenir, y todos repiten con horror el nombre de Robespierre. ¡Tal es la fatalidad que acompaña á las revoluciones sangrientas!

Entre los hombres que participan de esos excesos se encuentran muchos, les hacemos esta justicia, que estan muy lejos de sospechar que el absolutismo ó la república pueden nada mas salir del órden de cosas que algunos trabajan por establecer; pero ténganlo entendido. De todas las fracciones

políticas que existen hoy en nuestra desventurada patria, solo los carlistas y los republicanos estan en el caso de recoger el fruto de la baraunda y de la confusion presentes, solo á ellos pueden parecer amables las violencias y los excesos. Ahora bien, en la situacion general del mundo en nuestro tiempo, en el escepticismo que le acusa y en la falta de ideas morales que le socava, quien dice despotismo, dice inercia, dice paralisis, dice muerte de los pueblos; y quien dice república, dice desórden, dice anarquía, dice disolucion general de las naciones.

Por nuestra parte ni queremos el uno, ni la otra. Somos sí, amantes del órden y de la autoridad, pero no queremos menos ardientemente la libertad y el gobierno constitucional. Pero por lo mismo que no queriamos el órden y la autoridad de los moderados que se resumian en absolutismo puro, no podemos querer la libertad y el gobierno de los exaltados, porque se resumen en lo mismo por opuesto rumbo. Ni el despotismo de los reyes, ni el despotismo de las masas, tal es nuestro principio. Porque, para manifestar mejor nuestro pensamiento y las diferencias que nos separan de los hombres del dia, somos liberales prácticos, somos progresistas del siglo XIX.

C. C.

VARIEDADES.

BIOGRAFIA LITERARIA.

SCHILLER (1).

Muchas glorias han pasado; muchos destinos, brillantes á primera vista, han perdido de repente su prestigio, y, como los destinos mas comunes, han ido á desvanecerse en la nada. Y la razon es que no hay mas glorias sólidas, que aquellas que son precio de un trabajo útil y desinteresado, porque el honor de una fama inmortal solo pertenece á los hombres que han amado á los hombres. Nada se debe á aquellos que han hecho de su estrecho individualismo el centro á que debian encaminarse todos los esfuerzos, en que debian consumirse todas las fuerzas y todos los medios. Mueran los que no tenian mas mision que la de su vida, que no consagraron su paso por la tierra por ninguna virtud de sacrificio y de amor; es justo que mueran.

El gran trágico alemán de que vamos á ocuparnos, no renegó su mision de hombre. Conoció muy bien que habia recibido facultades eminentes, no solo para goces delicados y ociosos, sino para esplicar el misterio de la vida en un sentido mas lato que aquel en que generalmente se la comprende, para adelantar el tiempo en que la humanidad, emancipada de un largo envileci-

miento, se eleve por último á la altura del pensamiento de Dios. Schiller pertenece esencialmente á la revolucion francesa en su culto por la patria y por su genio social. Como los fundadores de las libertades nuevas y futuras, vió en el porvenir la continuacion progresiva de un pasado en que la mayoría de los seres habia combatido y sufrido constantemente por conquistar sus derechos. La antigua autoridad de las cosas establecidas no alteró su razon, porque sobre ella prevalecia la santa, eterna é inmutable justicia. Esta no queria el embrutecimiento de ninguna criatura marcada con el sello divino, y llamaba las razas jóvenes y robustas á la obra desconocida ó vergonzosamente abandonada por las razas gastadas ya. La Convencion nacional comprendió claramente todo lo que el poeta alemán tenia en sí de hombre nuevo; así que le decretó el titulo de ciudadano francés, no obstante de que no habia producido aun mas que los *Bandoleros* y la *Conjuracion de Fiesco*.

Para conocer enteramente á Schiller es preciso estudiarle á la par en sus dramas y en sus poesias líricas. El autor de los dramas tiene, como hemos dicho, la religion de la perfeccion individual y la de los grandes y eternamente movibles y progresivos destinos de la humanidad. De él es el dicho verdadero y atrevido: «Toda revolucion es una conquista.» El autor de las poesias líricas es por el contrario un meditabundo inquieto, escéptico y desconsolado; un ser que agota las fuerzas de su alma en busca de verdades que no ha podido penetrar lo pasado con sus manifestaciones, renovadas tantas ve-

(1) El nombre de tan gran poeta, la celebridad del primer escritor dramático de nuestros tiempos, nos ha animado á publicar el siguiente artículo sobre su vida en que con tanto talento como gusto están juzgados el hombre y sus inspiraciones, y que mas que un artículo biográfico es un trozo de alta critica sobre sus admirables obras. Le tomamos de una publicacion muy acreditada en Francia, y que contiene otros mil artículos del mismo genero no menos notables que el presente.

ces, de hombres y de ideas. Estos contrastes se esplican fácilmente conociendo los tiempos en que vivió Schiller, que contemplaba con terror la agonía de un mundo viejo inmóvil y frío, pero que lucia acá y acullá con sus postreros resplandores. A medida que este mundo se iba hundiendo con sus instituciones caducas, sus desenfrenos de ceremonia, su religion sin apóstoles, y cuyo sentido se perdía, brotaba á los ojos del poeta un mundo nuevo, inflamado en soberbias y juveniles llamas, de la noche tormentosa en que el otro caminaba á morir; y un himno de gloria se desprendía de aquel corazon embriagado, y sus mas caras simpatías estaban por estos hermanos desconocidos.

¿Trátase del arte dramático? Schiller proclama por maestros suyos á los Griegos, á Shakespeare y á Goethe. Por lo que toca á la escena francesa, nadie la ha mirado con mas altiva indiferencia, ó un desprecio mas profundo. En esa palabra encantada, en ese complejo armonioso de impresiones y minuciosidades, lentas en producirse, pero siempre de admirable efecto, solo ha visto un mundo *pálido, falso é ideal*. Seguramente, dominado el arte por las voluntades delicadas de entonces, por la imitación exagerada de la sencillez de Sófocles, no pudo reflejar en todos sus aspectos el espectáculo ordinario y movido de la vida; obligado por otra parte á no cambiar de lugar y á encerrarse en la duracion de algunas horas, debió ademas limitarse á un hecho aislado, á desenvolver un sentimiento único. Pero Schiller no tuvo en cuenta estas dificultades, vencidas sin embargo por magníficos monumentos de pasión. Nosotros que no estamos dominados por preocupación alguna, tributaremos un culto de verdad al genio del poeta alemán.

La mentirosa impresion ó el aturdimiento de la edad juvenil habia hecho daño desde el principio á su instinto maravilloso de hombre. Su mirada atenta y penetrante sondeó despues las profundidades de este abismo viviente: el hombre fue su estudio continuo y melancólico con frecuencia, hasta que lle-

gó á poseerle desprendido de influencias extrañas. Celoso de la realidad, prosigue la accion en su rigoroso desarrollo, cuidándose poco de que dure años, meses y horas ó de si continúa en lugares diferentes. Va por donde quiera que ella le arreste; síguela en todas sus transformaciones y con su extravagante cotejo de incidentes y de autores. *Guillermo Tell* es tan magnífico y de un efecto tan poderoso con sus escenas desparramadas por las montañas, los valles y las aguas, que bastaria por si para destruir la autoridad de la poética griega, bastante mal comprendida por otra parte. Dos siglos y medio han pasado desde que Lope de Vega espresaba con tosca franqueza su desprecio á ciertos gustos delicados á quienes chocaba el movimiento de la escena, lo que era á lo menos una cuestion para los talentos de entonces. El siglo XVII la resolvió repentinamente y en el sentido menos favorable á las libertades del arte.

Los instintos sublimes que dejaban trascender el genio de Shakespeare y de Corneille y el corazon de Racine, no son desconocidos para Schiller. ¿Qué poeta supo reanimar á toda una edad ya muerta mejor que él? Nunca se han hecho por nadie investigaciones mas laboriosas é inteligentes para ponerse de acuerdo con un tiempo pasado, para inspirarse con las pasiones propias de ese tiempo; y nunca se ha logrado tampoco mas incontestable este fin. Igual es la felicidad con que Schiller se aparta enteramente de su individualismo y continúa sus personajes en su sentido tradicional sin reflejarse nunca en ellos. Todos aparecen con una verdad sorprendente á su poderosa voz. ¡Qué magnífico complejo! ¡Qué orden tan vasto, sencillo y animado! ¡Qué variedad en las fisonomías! ¡Qué atractivo en los incidentes! ¡Qué instinto tan fiel tiene de los lugares! ¡Cómo los comprende! ¡Cómo los adivina! Todo aquello es una revelacion. No se le pidan apariciones porque no cree en ellas; en él no existe el sombrío sentimiento del prodigio. En *Juana de Are* ha ensayado una de efecto miserabilísimo, y es la única: déjale á uno

incrédulo y enojoso, porque ha tenido origen en el frío capricho del poeta, porque se ha manifestado de repente, aislada de toda circunstancia capaz de poner al espectador en relación con el mundo sobrenatural: no era así como procedía el autor de *Hamlet* y de *Macbeth*. Pero el poeta alemán sabe, como el gran trágico inglés, rodear á ciertos personajes de un horror misterioso. Todavía no se les ha visto, y ya se asusta uno de sus nombres. En el drama de *D. Carlos*, se busca á Felipe con la vista, se le escucha venir; si se presenta, todo palidece; es la sombra de Banquo que viene á desconcertar una fiesta inexorable y taciturna. Véase á Octavio Piccolomini en Wallenstein. El corazón palpita con los más leves movimientos de aquel hombre que está pendiente sin ruido, sin orgullo, con misterio, pero con una fatalidad invencible, sobre los destinos de todos. El miedo le arrebató á uno siempre que se descubre aquella figura muda y sombría como el destino, y como el destino implacable. La espacion, es preciso recordarlo aquí, termina de un modo grande y pasmoso todos los dramas de Schiller. Cada pasión se ve en ellos castigada por sus propios efectos.

Viene luego la cuestión de supremacía entre Goethe y Schiller; cuestión viva y cuya solución no interesa menos á la humanidad que al arte. Goethe es sublime, dicen sus admiradores: profunda inteligencia del individuo, verdad de los incidentes, grandeza y armonía del complejo, todo se encuentra en sus dramas; y ponderan con delirio la magia y la pompa sonora de su poesía. Todo lo pone en sus versos, desde el suspiro del pequeño tallo de yerva, hasta el poder misterioso é infinito de la palabra humana, hasta el movimiento salvaje, inquieto y terrible de las grandes aguas del mar. Está muy bien; pero ¿de qué valor es el pensamiento de ese hombre? ¿Dónde está su obra moralmente útil? Y los glorificadores callan de repente; y el grito de odio que turbó al grande anciano en sus años de

contemplación, persigue todavía á su memoria y le entrega al insulto de las edades: la juventud es quien le da. Le debe mucho la juventud efectivamente. ¿No le ha dotado de magníficos bienes? el suicidio, la maldición, el egoísmo irónicamente tranquilo, y la nada por sombrío y eterno refugio. Produzca ella una queja fúnebre; y él le responderá con la sonrisa dura y blasfemadora de Mefistofeles. Tiene cantos para sus mezquinos dolores, para sus delicias intelectuales, para la impura belleza; pero no los tiene para las angustias de la patria y los infortunios de la humanidad.

Goethe es el sacerdote exclusivo del arte; Schiller es á la par artista y hombre, cuando ha querido fijarse en la forma no ha sido menos maravilloso que su rival. Este, después de abdicar los primeros arranques de desesperación de *Werther* y de *Faust*, sólo se ha mezclado con la vida para hacer un estudio sin pasión de los hombres y de las cosas.—Dejó á los objetos que quiero conocer influir pacíficamente sobre mí, observo luego la impresión que he recibido, y trato de reproducirla fielmente. Goethe ha visto sólo donde Schiller ha sentido y comprendido con el corazón. La sensación devora á este último, al paso que el segundo es semejante al agua que refleja la movilidad de árboles de la orilla sin ser agitada por ellos. Exceptuando *Goetz*, *Fausto* y el *Conde de Egmont*, creaciones inmortales de una juventud inquieta y desconsolada, los dramas de Goethe son alternativamente cínicos y burlones, ó solemnes y puros con frialdad. La belleza moral de toda obra, su autoridad sobre los sentimientos de los hombres, el valor y la voluntad del bien que es llamada á producir, son indispensables condiciones del genio para Schiller, y este no es el cuidado de Goethe. Importale poco la enseñanza que resulte de su poema. Antes que nada es pintor, historiador y poeta. Rara vez pretende otra cosa que sus figuras pertenezcan realmente al mundo en que las coloca, que obren y

hablen según la ley de la verosimilitud, que cada palabra tenga su valor de armonía. La superioridad está pues incontestablemente de parte de Schiller. Arrebatos enérgicos, sentimientos ilimitados del corazón, vasta y sublime poesía de la palabra, todo está en la simpatía del hombre. Ni los libros, ni la imaginación por maravillosa que sea, ni la atenta observación de los hombres y de los hechos, dicen bien las grandes cosas, sino que es menester encontrarlas en sí mismo. ¿Se ha revestido alguna vez el mármol de los colores de la vida?

Goethe se ha hecho el vasallo de lo pasado, el ser feliz y establecido con altivez en el mundo de los sentidos; Schiller se ha mostrado fiel á su íntimo y juvenil fuego. Nunca se ha doblegado con el servilismo de las cortes, ni el anonadamiento de la voluntad. Creado ministro de Estado como Goethe, lo hubiera sido para la felicidad de todos, no por su vanidad privada. Interesa el respeto que le inspiran sus semejantes. Cuando vé á su *D. Carlos* hecho objeto de una crítica apasionada, escribe doce cartas para defenderle; la conducta de Goethe es muy opuesta: el mundo pensador trata de buscar seriamente la intención de ciertas partes inteligibles del *Fausto*, y él que solo había hecho de ellas un desenfreno de talento, se mofa con placer dañado de esta cándida solicitud.

El Schiller de la poesía lírica va á sorprendernos y llenarnos de doloroso terror.

Sería fácil seguramente nombrar otros hombres escogidos cuyo destino haya estado sujeto á condiciones visiblemente más ásperas y violentas que el de Schiller. A juzgar antes por las apariencias, se encontraría el suyo colmado de todos los bienes estimados por la sabiduría: modestia de las necesidades materiales, hermosos afectos, entusiasmo consagrado; inversión laboriosa, sencilla y pura del tiempo; libre desarrollo de las facultades. Y en el sentido humano felicidades ruidosas, las pomposas adoraciones de la multitud, una muerte que divinizó su

vida por su grandeza y serenidad. Pero, si se peneira en lo interior de su alma, este abismo cerrado á los hechos esternos, causan pasmo todas las sensaciones confusas, sombrías y amargamente tristes acumuladas allí! Aquel hombre que parecía haberse reservado exclusivamente un montón de felicidades por decisión de su inteligencia y de su corazón, aquel hombre á quien se suponía apoyado en fijas é inalterables convicciones, era juguete de funestas incertidumbres. Al mismo tiempo que erigia un culto afectuoso y soberano al deber, este deleite de las almas robustas, este móvil eterno y sagrado de todo cuanto honra á la voluntad humana; al propio tiempo que le convertía en sincero apoyo contra las ilusiones, abría su alma á todas las rebeldías. Absorto en la contemplación de sí mismo, solo siente vacío y amargura, y la duda le envuelve en una obscuridad fría, le angustia, se esparce acá y acullá en gemidos fúnebres, en cantos tristes y misteriosos. Si se salva de su postración, es con una magestad terrible; grita hácia Dios, le pide cuenta de su desesperación árida, pero invencible, de aquella maldición que ruge en derredor suyo. Algunas veces sube suave y magnífico de su alma sosegada el himno de las esperanzas santas, y escucha todavía la feliz melodía cuando ya ha dejado de resonar.

Una forma particular á Schiller es la personificación de su pensamiento y de su impresión. Casi siempre hace de ellos un ser que acciona en una especie de drama bajo un nombre antiguo, y en el seno de una religión y de una sociedad tradicionales. La Grecia es generalmente la preferida; para nada figuran la India ni la Persia de los antiguos tiempos. Por medio de algunos de estos cantos, seguiremos al hombre en sus continuas fases, asistiremos á las crisis morales de su vida; y se nos aparecerá así bajo sus aspectos oscuros ó luminosos.

Llámanos primeramente la atención la oda admirablemente lúgubre, á los *Dioses de la Grecia*. Asustado de la silenciosa movilidad de la tierra cristia-

na, de su frialdad, de su poder absolutamente material; no pudiendo encontrar allí al Dios único rodeado de invisibles esplendores, invoca á los dioses de lo pasado que se mezclaban con la vida y la muerte, que encantaban el universo con su presencia: estos dioses han vivido. Llama, y ninguna voz divina responde á su voz. Todo lo que queda de su inmensidad es una vana palabra murmurada por un ser pasajero. La misma pena de aislamiento y de terror resalta en los *Lamentos de un pagano nuevamente convertido*. Su alma se encoge á la vista de esos templos sombríos, debajo de esas bóvedas profundas y tristemente sonoras. ¿Dónde está la magia de su antiguo cielo? ¿Dónde la tierra de las voluptuosas creencias y aquellas fiestas religiosas á los dulces soles de la primavera y á los ardientes soles del estío? Amar era orar. Pero ya acabó la embriaguez de los sentidos y del corazón! El nuevo Dios solo quiere el sacrificio. El hijo de los tiempos antiguos echa en cara á este Dios su encubierta grandeza. ¿Por qué se esconde de la vista de todos? ¿Por qué no puede llegar hasta él la codiciosa inteligencia? ¿Dónde está? ¿Qué cosa es además? La criatura no podría decirlo. «Ese Dios no tiene hermanos, ni amigos, ni iguales. Ninguna diosa, ninguna muger mortal es madre suya; reina allí de donde cayó Saturno.» Desde la altura en que se había extraviado buscando á Dios, el poeta desciende al mundo visible. El terror se apodera de él á medida que profundiza los destinos tormentosos é incomprensidos del hombre. Hablan de la libertad; pero esta libertad, magnífico don, pero fatal acaso, asusta á su debilidad. ¿No hará despuntar un día de eterna miseria? ¿Quién puede decir que sea otra cosa que una grandeza risible, un cebo puesto á nuestra soberbia fatuidad? ¿Dónde amanecerá el día de la verdad?

Dos elegías espresan la angustia del pensador: *El Viagero* y *La Grandeza del Mundo*. El viagero abandona muy joven la casa de su padre: sostenido por una fé misteriosa, deja todos sus bienes por ir en busca de la region en

que toda belleza es inmutable. Durante tan larga carrera ha visto á la tierra pasar por muchas revoluciones; ha llegado á ser viejo, y siempre sus ojos han permanecido abiertos y siempre ha caminado hácia adelante. Montañas, abismos, el rio desconocido, todo lo ha atravesado el viagero hasta encontrarse con las olas de un mar sin límites, y siempre el mudo espacio ha atormentado sus miradas: entonces se ha acogido á la desesperacion. En la segunda elegia emprende el poeta á su vez esta peregrinacion sublime. Huido de la tierra recorre la brillante region; se encuentra mas tarde en lugares donde la luz es pálida é inmóvil, y por último descubre un inmenso mar. Al otro lado, dice su mirada centellante, existen los confines de la creacion; al otro lado se encuentra el mundo de Dios. Un anciano que siguió tambien aquel solitario camino se abalanza á él, y su melancólica palabra desvanece el sublime error «El Infinito está delante de ti; abandona tu loca empresa.» ¡No hay cielo! esclama el último conquistador de la nada; pues venga entonces la tierra y todos los deleites que esconde! Tal es el sentido del canto de rebelion, *El combate*. Allí no hay imágenes; la robusta y verdadera sensacion se presenta en su altiva desnudez. El poeta se eclipsa, y aparece el hombre sin disfraz. Su corazón siente necesidades, y su juventud le hace sufrir. ¿De qué le sirve una virtud irónica que no apaga los ardores que condena? Bastante tiempo ha luchado contra inclinaciones irresistibles: «Dichoso el hombre que, semejante á mí, pierde el sentimiento de su crimen en la embriaguez de su dicha!» Y dirigiéndose á la muger de sus deseos: «¿Hay en la inmensidad de los tiempos, le dice, recompensa mas hermosa que tú?»

Su derrota parece cierta; pero se detiene sin embargo. Aquella abdicacion repentina de los triunfos austeros repugna á su elevada naturaleza. La inmolation del yo es para seducir á cualquiera alma fuertemente templada. ¿Le toca á él proclamar en la mu-

chédumbre el reinado grosero de los sentidos? Pero ¿á que verdad se inmolará? Sepalo siquiera. Y *La Resignacion*; canto á cuya extraña y melancólica solemnidad no sobrepuja nada, se derrama en el alma con lenta tristeza; tambien es en cierto modo el desencanto asustado de la vida: «Mayo solo florece una vez.» No ha conocido seguramente el tiempo de las delicias aquel que ha soltado esta tierna y sencilla queja: «Nada sé de la felicidad.»

Piensa luego en la realidad del deber. ¿Es este una huella de Dios, una preparacion á inmensos destinos, ó solo consiste en un impulso de humano orgullo hácia todo lo que es difícil y hermoso? ¿Y la eternidad? Hanle dicho que es únicamente la *copia mentirosa de las formas de la vida*, una vanidad del hombre que pretende sobrevivirse. Hace seis mil años que toda criatura aparece y se eclipsa, que la muerte calla. A la eternidad ha sacrificado el amor; constantemente ha trabajado por apagar sus poderes impuros y siempre renacientes, y casi ha consumido sus fuerzas. La divinidad misteriosa que la eternidad proclama va á decirle cuál será su recompensa. No es ella quien le responde, sino un genio. Esta respuesta le arroja otra vez en la vida incrédula y sin apoyo: «Goce el ser privado de fé; inmólese esperando aquel que puede creer. La esperanza te ha visitado, hé aquí tu bien: la eternidad no dará al hombre lo que no ha querido admitir del minuto.» El goce ó la esperanza lo son todo; no hay nada mas allá... Al llegar á esta conclusion, el poeta se recoge en una magestad dolorosa y potente. Este hombre personal, estrecho, medroso y quebrantado al principio; que, imitando á la turba grosera, pedia un salario, que ponía bajamente precio á su virtud, crece de repente y se coloca cerca de Dios de un salto sublime. Ya no esperará, ya no buscarán sus ojos en la region infinita el tesoro que no se encuentra en ella; pero seguirá la ley desinteresada de su ser; será todo lo que quiera la conciencia, recto, firme, superior á impresiones vanas y transi-

forias, dueño de dirigir sus facultades hácia la belleza absoluta.

Desvanecida la primera impresion de un descubrimiento horrible, Schiller se encerró en una tristeza llena de dignidad. Divorcióse de la vida ilimitada sin estrépito, sin distraccion pueril, sin passion desordenada, y bajo la influencia de una grandeza humilde, pero profundamente ulcerada. De vez en cuando se traslucía algo de su afliccion; como un eco debilitado. En la *Imágen cubierta* decia los horrores que puede engendrar una ciencia inútil y presuntuosa. Un jóven penetra por la noche en el templo de la misteriosa Isis; vé lo que nadie se habia atrevido á ver, y, aunque jóven, pierde la felicidad de la juventud, el gusto de sus semejantes; y aunque jóven, llega á entrar en la muerte. El mundo se inclinaba ante las creaciones del poeta cuando pronunciaba esta queja. «Se han apagado los astros brillantes que alumbraban el camino de mi juventud; se han desvanecido las plácidas ilusiones que deleitaban mi corazon.» Y mas lejos, en la misma elegid de *el Ideal*, despues de un adios dado á los años tan frescos del amor y constante rapidez transcurrido, dice: «Yo he visto profanadas en frentes vulgares las coronas sublimes del genio.» Todo se encierra aquí, dolores de hombre y dolores de artista.

Lentamente es como vuelve á tornar á la religion sumisa y tierna. Sus esfuerzos no se dirijen ya á descubrir sino á desaprender, á olvidar: un saber incompleto no es mas que un error cruel. El canto que titula *Palabras de la fé* parecería ser su vuelta definitiva á la paz y á las altas esperanzas, si no hubiese escrito mas tarde el *Buzo y Casandra*. *El Buzo* tiene el mismo sentido que la *Imágen tapada*. El temor de una inteligencia demasiado penetrante y comprensiva se personifica lastimosamente bajo la figura de la virgen de Ilion. Todo un pueblo, y sus reyes con él, prepara fiestas para el himeneo de Polixene. Solo Casandra no participa de los transportes de todos, y anda vagando por un bosque de laureles solitaria y fatalmente conmovida con la desgracia

que se acerca. Elegida no ha mucho de un Dios, tiene de él recibido el maldito conocimiento de lo que no existe ya, el don de profecía. Asustada de una grandeza aciaga, prorrumpe una queja solemne. «La ignorancia solo es la vida; la ciencia es la muerte: quitame este saber terrible; encubre á mis ojos esos siniestros resplandores.» Al través de la desesperacion trascienden la gracia de la muger y sus amables instintos. Desde que es grande entre los demas, no sabe ya entrelazar flores con sus cabellos, y desdeñará las seducciones del adorno. Para ella no hay primavera, y su belleza pasará sin culto. Hay mas; el desastre de todos habrá pasado ya sordamente por su alma, cuando todos se complacerán todavia en la belleza de la ilusion y del deseo: ¡Oh! los goces son imposibles habiendo sondeado las profundidades de la vida! ¿Era Homero quien habria creado á Casandra? ¿Eran pues tan instruidos los tiempos sencillos y toscos de la Iliada? Esta figura aparece como la gran reliquia de una civilizacion que ha vivido.

Frecuentemente se mezcla una nota fúnebre con los versos de amor mas delirantes del poeta, con sus cantos mas bellos y mas dulces; en uno de los grandes dramas de Shakespeare, es la estrofa viva y gozosa de la alondra lo que aranca á Romeo de los brazos cariñosos de Julieta: en Schiller es la ronca voz de la muerte. Los lazos de Laura le causan indecible deleite; de repente se acuerda que todo pasa en la tierra: entonces entrega esta tierra de sueños al último incendio, y se refugia con su amante en la region de la eternidad. Si ensalza la inspiracion música de la jóven belleza, se interrumpe para decirle: «¿Has hecho alguna alianza misteriosa? ¿Esa lengua es la que se habla en la patria de las almas?»

Aplacado en los postreros años de su rápida existencia, cantó en un tono mas tranquilo, pero melancólico siempre, la miseria innata del hombre; los mismos dramas que produjo en esta época de severos estudios y de recogimientos sublimes la relatan á distancia.

¿Y por qué tales desahogos? pregun-

tarán algunos rigoristas. ¿Por qué?... Cuestion ociosa. Dígase al torrente engrosado por las lluvias y nubes de invierno que no se salga de madre; dígase á la abrasada nube que guarde en su seno muda é inmóvil á la tempestad; al volcan alterado sordamente que contenga su lava y sus terribles llamas. Si, desprecio, justa aversion á la fria y burlona incredulidad, á las provocaciones insolentes; pero simpatía ardiente por las almas noblemente perdidas, por aquellas que han santificado la lucha, la angustia y la desesperacion! Todo lo grande ha pasado por la prueba terrible de la duda y de la rebellion: en esto consiste su revelacion mas infalible, su destello obscuro y divino. Ademas no puede caber vituperio absoluto donde no ha resonado el grito de un hombre fuerte.

¿Cómo le habia venido sin embargo á Schiller aquel mal de lo desconocido? ¿De dónde se le habia comunicado?

La pequeña ciudad de Marbach, donde habia nacido en 1739, no tenia nada de imponente; lo propio sucedia á la pobre familia en cuyo seno vivió niño. No podia llevar una vida alterada su padre, hombre muy honrado, cirujano durante mucho tiempo, capitán despues, y por último tranquilo inspector de la *Soledad*, hermoso jardin que tenia por dueño al duque de Wattemberg. Su madre, piadosa y tierna muger, era hija de un panadero. El muchacho aprendia de ella á orar con amor y á deleitarse con la *Messiada* de Klopstock; el pastor Moser le daba lecciones de ciencia. Ninguno de estos seres, exceptuando, segun parece, su madre, no comprendia en su humilde sencillez las meditaciones del niño, sus éxtasis repentinos y sus curiosos entusiasmos. Y cuanto á él, aun no sabia nada del trabajo de pasion de las grandes inteligencias, cuando ya hacian palpitar su pecho los misterios en que se envuelve la creacion, y llamaban sus pensamientos hácia ardientes investigaciones. Guardaba en sí el instinto codicioso y dolorido de los conocimientos fatales, que preparaban una existencia desolada para su alma joven.

El cielo se cargó un día de pesadas nubes, y la tempestad rugía en el espacio. Se habían cerrado cuidadosamente las ventanas de la casa; el padre y la madre juntaban en derredor suyo todos los seres que les eran queridos; pero falta un hijo, el mas jóven, el mas endeble, el mas amado tal vez. Todos se asustan y le van á buscar. Por último le descubre su padre sentado en las ramas de un árbol, y echando al cielo miradas fijas y profundas. A la pregunta de regaño responde el niño con exaltacion: Oh! los relámpagos eran muy hermosos, y queria saber de donde venian. En aquella sola palabra *saber*, se revelaba todo un destino de miseria y sublimidad.

Para todos los que le rodeaban exceptuando siempre á su madre, Schiller era solo un niño parecido á los demás: hasta solia suceder que estos supiesen mejor que él su catecismo; era cosa rara que el pequeño Federico no llevase reprensiones sobre este punto. Todavía era muy joven cuando fué llevado á Ludwísburgo donde vivió entregado á sus estudios durante cinco años. Este tiempo muy bien empleado en provecho intelectual, no lo fué en punto á méritos esteriore. Con mas medios que la mayor parte de los discípulos no poseía en igual grado la brillante facilidad y la confianza que conquistan el éxito. Tímido, embarazado de síyo, mas dado á pensamientos meditabundos que al brillo de la demostracion, no lisonjeara el orgullo de sus maestros y no era objeto de las prevencciones vulgares. Pocas afecciones hicieron agradable esta época de su vida, pero fueron delicadas y mantenidas por el desahogo de la amistad y las impresiones simpatizadas. La vista del profesor Juan, su palabra imperiosa y secamente irónica, comprimía además todos los arrebatos de Schiller. Lo que sentaba mejor á su naturaleza melancólica y silvestre era la oracion enternecida y solitaria; eran la ardiente lectura, los largos paseos por el campo. Un amigo participaba de sus vagarosas incursiones. Sus pensamientos, al verse libres, se vertian en una conversacion atractiva y familiar

y las mas veces en grandes y castos sentimientos. Si temblaba la voz de Schiller, era porque citaba la *Biblia* ó algunos pasos de la *Messiada*. El ángel Abadona hacia correr sus lágrimas y exaltaba su piedad dolorosa y tierna. Sin embargo la armonía era interrumpida por el recuerdo de una sola representacion dramática, y mezclaba algunas sensaciones mundanas con la pureza de su santo entusiasmo.

Al fervor de Schiller por la grandeza misericordiosa del Cristo puede atribuirse el firme deseo que manifestó de hacerse ministro de Dios. Anonadarse ante el Criador á la par que dirigir los poderosos de la tierra con un objeto elevado y profundo, era obra de difícil realizacion, pero propia para seducir un alma heroicamente templada; lo queria hacer, pero el duque de Wartenberg determinó que no seria asi. La generosidad del príncipe acababa de fundar una escuela militar en que debian formarse guerreros, médicos y magistrados; empenóse en que Schiller estudiara allí la medicina, y el capricho del soberano prevaleció sobre la voluntad del jóven. Tenia este catorce años cuando sufrió este despotismo cariñoso. «Mas quiero morir!» habia dicho en un principio. En su alma pugnanaban sentimientos terribles, porque aborrecia aquella sujecion regular de las horas y de las ideas, y solo abrigaba desprecio por la semejanza del ser inteligente y altanero al ser de obediencia servil. Toda cosa impuesta le parecia á aquel ánimo audacioso una represion de la naturaleza, un delito moral. Quería marchar libremente por la vida y hacer de su inteligencia el uso que le indicasen su razon y sus inclinaciones. El solo habria podido decirnos todas las cóleras, todos los disgustos, todas las odiosidades y todos los impetuosos y humillantes sarcasmos que engendró en su alma aquel estudio forzoso de la medicina. Y no era esto solo. La inflexible ley del colegio prohibia las lecturas estrañas á su instituto especial; y él, rebelándose en silencio, se aprovechaba de su astucia para satisfacer de vez en cuando sus imperiosas necesidades

intelectuales; fingia indisposiciones que le libraban de la sujecion aborrecida, y las fingia con vergüenza, con accesos de rabia contra aquellos que la forzaban á esta degradacion. Solo, muy solo, meditaba la teologia, su ciencia adorada; los libros de jurisprudencia tenian igualmente su turno. Como todos los que han sentido, se devoraba á Plutarco. Hácia aquel tiempo tambien fué Shakespeare objeto de sus difíciles estudios. Lo repentino de ciertos efectos, lo desacordado de los incidentes, todo lo que tienen de confuso las situaciones, le aturdián é inspiraba repugnancia á aquel inmenso genio que debía exaltar despues. Tenia por lo demas una comprension clara de Lessing y del *Goetz* de Goethe. Pero no se escondió su pasion por el drama á aquellos que le veian con frecuencia. Tuvo tambien la coyuntura en una fiesta dada al duque de dirigir la representacion del *Clavijo* de Goethe, y de escoger en ella un papel. Su rudeza no le ayudó; sirvió de burla á los unos, y de vergonzosa compasion á los otros. Entonces tuvo que desvanecerse cierta vejeidad que habia tenido de hacerse autor.

Sin embargo, sus estudios forzosos y sus meditaciones mandadas produjeron en 1780 dos disertaciones que en la ciencia y en filosofia arrojaban brillantes destellos. Tenia en aquel tiempo veinte y un años. El duque que con tan estrechas ideas disponia de aquel hombre, colocó al médico, su criatura, en uno

de sus regimientos. Todo parecia acabado, pero el génio debía apelar de esta decision. Shubart, jóven tan osado en su pensamiento como en la vida práctica, tomó cerca de Schiller el lugar del amigo de Ludwiburgo. Con Schubart no podia tener sus tiernas meditaciones, sino agudezas vivas y mordaces; el ataque, y si podia ser la destruccion absoluta de todo lo que no entraba en el órden de ideas en que ambos se colocaban. Entre estas aberraciones sofisticas habia lugar para lecturas atrevidas, todo cuanto podia descubrirse en conspiraciones antiguas y modernas desde Jenofonte y Salustio hasta el cardenal de Retz; historia, novelas, todo aprovechaba. Despues se hacian comentarios apasionados, largas y fogosas declaraciones contra la tirania. El duque de Wurtemberg con todas sus ideas pacificas y determinadas era nada menos que un mónstruo coronado. Si hubiera tenido una cara muy humana, preciso es decirlo ¿se hubieran sonreido los dos fanáticos jóvenes? Tal vez. En auxilio de sus transportes venian las inspiraciones líricas de Schiller, las escenas de un drama bosquejado hacia mucho tiempo bajo el nombre de *Cósmo de Médicis*, transformado despues en una creacion mas robusta, *Los Bandoleros*. Schubart decia á su vez su secreto irreligioso, porque negaba á la Trinidad divina con la soltura y la buena fé que nosotros desplegaríamos en negar las encarnaciones de Vischnú.

(Se concluirá.)

REVISTA DE LA QUINGENA.

CRONICA EXTERIOR.

La situación de Europa continúa siendo la misma que en la primera mitad del presente mes. Los torys continúan afianzándose en su poder en Inglaterra, y su advenimiento que parecía deber alejar indefinidamente un rompimiento entre esta nación y la Francia, no ha contribuido nada para mejorar el estado poco satisfactorio de relaciones que ligan hace algun tiempo á esas dos potencias. La Francia declara que no desarma, y hace bien; falta ahora saber si nonacerán de esto nuevas complicaciones que hagan estallar la enemistad mal enubierta que le profesa su vecina.

Esta por su parte no descuida mirar por sus intereses. Ya es cosa averiguada que la evacuacion de S. Juan de Acre fue una noticia falsa y esparcida al intento para ver el efecto que producía en la prensa francesa. Los ingleses no soltarán con facilidad una resaca de tanto valor, y gracias que no lleguen á dominar enteramente el Eufrates y el istmo de Suez.

No menos afortunado ha sido el gobierno de la Gran-Bretaña en la contienda que tenia con el imperio chino. Canton ha sido tomada por sus tropas y escuadra, á pesar de todos los preparativos de resistencia, y el estado satisfactorio de defensa en que estaban la ciudad y sus fuertes. Una contribucion de seis millones de duros realizados ya con su mayor parte, les ha costado á los chinos la suspension de las hostilidades y la concesion de un armisticio; pero la cuestion no ha adelantado nada con esto porque, arrepentidos sin duda de su flojedad los vasallos del celeste imperio, han vuelto á renovar aquellas dando así nuevo pábulo á la cólera y venganza de sus enemigos. La guerra va pues á empezar en mayor es-

cala, y sabe Dios á donde subirán las pretensiones británicas con este nuevo pretesto. Lo menos que puede sucederles á los chinos es pagar con una nueva y mayor cantidad el crimen de no dejarse envenenar por el opio de los ingleses. «Nada mas justo» añadirán los negociantes de esta nacion.

El emperador Nicolas acaba de dar el último golpe de muerte á la nacionalidad polaca. Si la constitucion política de aquel pais garantizada por los tratados de Viena, habia sido enteramente abolida por la voluntad omnipotente del autócrata, la Polonia seguia gozando siquiera una organizacion administrativa y judicial particulares é independientes. Estos débiles restos de nacionalismo han sido destruidos tambien, y de ahora en adelante el senado de san Petersburgo reasume todas sus atribuciones; es decir, que la Polonia pasa á confundirse totalmente entre las provincias rusas, que sus valientes hijos, dispersos por el mundo, no tienen ya patria, que no hay en fin tratado que respete el emperador Nicolás.

Esto es lo mas notable que ofrece la política general exterior. En cuanto al estado de las relaciones internacionales que nos unen con las potencias amigas, han ocurrido dos novedades igualmente importantes; igualmente dignas de atencion. El gabinete tory de quien el partido conservador esperaba tanto apoyo por la analogia de los principios que representa con aquellos que él defiende, ha ofrecido á nuestro gobierno todos los servicios que puede hacer el mas infimo aliado dejando burladas las esperanzas de los que se prometian que aquel abandonase su acostumbrada procedencia y circunspeccion para sostener una causa mala, y abiertamente con traria á los intereses ingleses. A nadie debe

pues quedar duda de que en la política extranjera de la Gran-Bretaña no pueden influir otras consideraciones que las que siempre la han dado impulso, aun en circunstancias en que parecía mas dominada por un móvil extraño, á saber, el predominio esclusivo del interés mercantil y la humillacion de todos los pueblos que pudieran embarazarle.

En segundo lugar, el rey de los franceses y su gobierno han declarado que rechazaban toda mancomunidad con los rebeldes de las provincias Vascongadas, ofreciendo en comprobacion todas las seguridades imaginables al gobierno español, particularmente la vigilancia de los emigrados y de la persona cuyo nombre se ha invocado en la tentativa abortada. Esta conducta no ha dejado de sorprender á cuantos habian seguido cuidadosamente la marcha equívoca del gabinete vecino; á los que sabian, por ejemplo, los enganches ostensibles de gente hechos en las primeras ciudades de Francia, á los que no ignoraban la libertad absoluta que habian gozado los emigrados cristinos de preparar la trama á sus anchuras, pasando y repasando la frontera siempre que les convenia; á los que se habian sorprendido de que el periódico ministerial francés, *La Prensa*, publicase las proclamas de O'Donnell cuando no era posible conocerlas en París; á los que habian leído en el *Monitor* el anuncio del establecimiento del gobierno provisional de Vitoria en términos de poderse tomar por un reconocimiento tácito; á los que estaban enterados por último de todas las demostraciones de amistad y simpatía manifestadas á la ex-regente y sus amigos, á quienes tal vez hubiera venido á felicitar á Madrid el mismo M. Salvandy que ahora viene al parecer de embajador cerca de nuestro gobierno. Pero esa conducta no nos ha sorprendido á nosotros: la política francesa sigue hace tiempo un camino demasiado tortuoso y estraviado para no perderse en él con frecuencia; las imprudencias diplomáticas de los hombres actuales han hecho mas enmarañada esa marcha respecto á nosotros; y el resultado es que no hay para ella medio razona-

ble de salir de una situacion que los hechos han vuelto difícil, y que no entraña probablemente en su prevision. Todo esto es lo que produce la miseria diplomática del dia, y en particular de la Francia.

CRONICA NACIONAL.

El porvenir que al fin de la quinceana anterior se presentaba sombrío y cargado de nubes se ha despejado en parte. Ya no tendremos por ahora, y ojalá que pudiéramos decir jamás, nuevas y fatales desgracias: ya no sufriremos guerra civil, lo que es ciertamente el mayor consuelo que podriamos recibir en medio de tantos infortunios.

El mal éxito de la intencion del 7 y la declaracion de la antigua Reina Gobernadora de que ella no habia autorizado á nadie para sublevarse en su nombre, han causado un efecto sorprendente sobre los sublevados y traído milagrosamente la conclusion de todo. Ignoramos los motivos que la ex-regente habrá tenido para hacer una declaracion tan inesperada como la del rey de los franceses y sobre que algunas personas tienen motivos para pensar con la misma incredulidad. ¿Serán la noticia de la derrota sufrida en esta corte por sus amigos de entonces, y que ahora rechaza, y la prevision de lo que sucederia despues? Esto haria á la verdad poco honor á los grandes sentimientos que dicen que distinguen á esta princesa. ¿Serán un interés puramente personal? En ese caso es preciso confesar que estimaba en bien poco á los que por ella no han titubeado en sacrificar sus fortunas, sus vidas y su mismo honor. ¿Serán porque, mas generosa y menos apasionada, haya temblado ante el abismo en que iba á hundir á sus antiguos súbditos, luego que ha medido bien toda su estension? En tal hipótesis, debiera haberse hecho antes la misma consideracion, y habria evitado entonces males de grande trascendencia, y á sus amigos en particular la vergüenza de una derrota en que física y moralmente se han perdido. De

todos modos, el parte de nuestro embajador en París ha sido seguramente lo que mas ha influido en la huida ó sumision de los sublevados; en este concepto damos las mas cordiales gracias á la reina del Palacio de Courcelles. Proponiéndonos la ocasion de dárselas repetidas veces por otras declaraciones en el mismo sentido, pero algo mas oportunas, y es todo el bien que puede hacer para en adelante.

La ciudad de Vitoria que parecía ser el centro de todas las operaciones, el asiento del *gobierno provisional*, según la espresion del periódico oficial del gobierno francés, esa ciudad donde el movimiento insurreccional se habia presentado mas compacto y mas robusto; ha sido la primera tambien á volver de su resolucion y entrar nuevamente en el orden. Los fautores de la rebelion han tenido que huir precipitadamente por no esponerse á las consecuencias que ellos mismos habian provocado, y las tropas entraron en Vitoria sin dificultad. El pretendido regente interino hasta la venida de Cristina ha sufrido por su parte una suerte tristisima. Entregado por los mismos millones del pais que sin embargo dejaron escapar á los demas gefes vascongados, fué fusilado en aquella ciudad con arreglo al bando publicado. No es nuestro objeto agravar el infortunio de esta desgraciada victima de un extravio culpable, y de las severas disposiciones á que él mismo habia dado lugar. Pero no podemos menos de reconocer una justicia mas que terrena en el destino de ese español entregado por los vascongados cuyos fueros habian valido mas á sus ojos que los intereses de la gran mayoría de su pais; de ese nuevo revolucionario que exigia que en el término improrogable de doce horas se asociasen todos á la rebelion y concurrieran á encender las teas de la guerra civil bajo pena de muerte; de ese antiguo conservador á quien compromisos personales con una princesa conocida han hecho olvidar todos sus anteriores principios y sus mas respetables ideas. Su muerte ha sido horrorosa, muy horrorosa, en términos de haber lasti-

mado el corazon de cuantos mas dispuestos se encontraban á la severidad. La persona que es causa única de su infortunio, á la par que derrama una lágrima de dolor por la suerte del hombre á quien su ciega devocion por ella ha arrastrado á un fin tan opuesto al que prometian las esperanzas sugeridas por las nobles y generosas prendas de su alma, ¿se convencerá con este ejemplo de que su causa interesada y egoísta no puede traer mas que desastres á España é infortunios á sus propios amigos? Comprenderá que es muy diferente el papel que corresponde á hacer á una madre que se considera arrancada del lado de sus hijas y desposeída injustamente de sus derechos? ¿Llegará por último á saber algun dia que si la España en 1833 saludó con sincero y leal entusiasmo á la augusta persona que abrió las cárceles de su pais y del extranjero á tantísimos desgraciados, la historia de Francia recuerda con desprecio y horror el nombre de Isabel de Baviera? Cuestion es esta que les interesa particularmente á los malos españoles que tratasen de derrocar en adelante el gobierno establecido en su patria, bueno ó malo, por medios tan inieuos como la guerra civil y la sedicion militar.

Bilbao que tambien se habia pronunciado con entusiasmo y resolucion, ha cedido igualmente al acercarse las tropas, tomando la huida los gefes del movimiento. En aquella poblacion ha ocurrido un hecho muy significativo, y que habla por sí mas que todas las consideraciones que pudiéramos hacer sobre la inmoralidad de la insurreccion frustrada. A apoyar la proclamacion de los pretendidos derechos de Cristina habian concurrido muchos centenares de hombres que sirvieron antes en las hordas facciosas y que ahora iban á defender el nombre que representara para ellos la enseña enemiga durante la pasada guerra. Semejante absurdo no podia menos de resaltar de una manera ostensible. Luego que aquellos hombres, en efecto, vieron que estaban allí, en aquella invieta Bilbao, donde tantas veces se estrellaron sus tentati-

vas en los pechos heroicos de sus moradores, al mirarse con aquellas boinas que han adquirido tanta celebridad á los antiguos batallones carlistas, se acordaron de su primer nombre, pensaron en la venganza tal vez, y deponiendo un entusiasmo postizo proclamaron á Carlos V. Soltaron los presos de las cárceles, y la inmortal villa habria sido victima de un horroroso saqueo, si la division de Zurbano no hubiese entrado oportunamente. A este general se le acusa de algunos actos violentos que, á ser ciertos, no habria palabras bastante severas para condenarlos, pero no tenemos datos ciertos sobre este punto. Los hechos se desfiguran tanto por el espíritu de partido que no es razonable juzgar sino de aquellos mismos que se presencian. A alguno de aquellos actos hemos visto compararlos por un periódico conservador con otros que nosotros hemos pensado que no debian haberse cometido, pero cuya legitimidad no puede ponerse en duda de parte del gobierno que los consumó. Los partidos se empeñan en tener absolutamente razon, y así es imposible entenderse jamás.

La ciudadela de Pamplona, que era el último alcazar de la rebelion Cristina, ha sucumbido igualmente. Su guarnicion se ha rendido sin condiciones, teniendo salvas las vidas, y es mucho mas de lo que debió alcanzar. Las ruinas de la ciudad, abrasada por los fuegos de esos indignos españoles, reclamaban una severa justicia; pero el temor de mayores males ha hecho apartarse del estricto camino de ella. No censuramos semejante conducta por cierto, y lo que sentimos es que no sea igualmente imitada en otras cosas en que seria mas noble y generoso hacerlo.

La pamosa facilidad con que se ha deshecho toda la rebelion, ademas de las causas que hemos apuntado, ha sido influida principalmente por otras dos que debemos tambien mencionar. La primera es el poco eco que han encontrado en el país vascongado las sugerencias facciosas de los representantes de Cristina. Los naturales de aque-

llas provincias han conocido generalmente que mas que sus fueros se invocaban sus fuerzas y sus fortunas para sostener una nueva guerra en que tenian tantos motivos para no entrar, y que despues les habrian impuesto la ley que se hubiese querido; porque de quien abandonaba así la causa de su propia patria, no era de esperar que se mantuviese fiel á la de un país que para ellos debia ser extranjero en cierto modo. La segunda es la conducta observada por las tropas arrastradas á la sedicion por el oro y las maquinaciones. En su mayor parte no han podido resistir á la idea de que iban á batirse contra sus antiguos hermanos de armas por un orden de cosas que no debian encontrar muy claro; así que se han vuelto á unir inmediatamente con los mismos que habian abandonado pocos dias antes. Por nuestra parte nos hemos alegrado cordialmente de una conducta que ha hecho menos larga y costosa la paz; sin embargo, no la aplaudiremos, si bien estamos muy distantes de censurarla. Es imposible desconocer que han contribuido demasiadas cosas á viciar no poco una gran parte de nuestro ejército para que ensalcemos á las nubes un proceder que, mas que un sentimiento de pundonor y de amor al bien del país, indica el elemento disolvente con que se hallan hondamente trabajadas nuestras instituciones militares, y el mas difícil acaso de contener entre todos los que amagan la existencia de nuestra vacilante sociedad.

Fáltanos añadir que Piquero, Urbistondo, y los principales gefes militares acudidos á levantar el país se han puesto todos en salvo y fuera de la accion de las leyes. Lo mismo ha conseguido Odonnel, el bombeador de Pamplona, el cual tuvo á bien abandonar cautelosamente la ciudadela, teatro de sus tristes hazañas. Hemos leído en un periódico francés que ellos, los franceses, no habian incendiado nunca á aquella ciudad pudiéndolo hacer en venganza de su enemistad y de la crudísima guerra que todo el país les hacia. Es muy cierto; pero debemos añadir por nuestra parte que el hecho de arruinar á una pobla-

cion nacional por no querer tomar parte en una rebelion militar, pertenece principalmente á un español que no merece este nombre, descendiente ademas de un extranjero, y que no ha vacilado en marchifar de una vez tantos laureles honrosisimamente ganados por granjearse una fama funesta y desastrosa. ¡Caiga pues sobre él en primer lugar toda la responsabilidad de la accion!

Tal es la breve reseña de lo ocurrido en las provincias vascongadas. Sigamos ahora los acontecimientos de esta corte, y del resto del reino.

Por fin se llevó á efecto la sentencia dada contra el desgraciado el general Leor. Ni la politica, ni la generosidad, ni otras mil consideraciones de grande importancia todas han podido prevalecer para que no corriese la sangre del valiente guerrero á quien la libertad debe tanto y la patria estaba en tan eminente grado agradecida. Su familia puede á lo menos conservar el triste consuelo de que no ha habido nn solo español que no haya lamentado sinceramente su muerte, y que una inteligencia sobrado estrecha de los deberes de la justicia ha estorbado solo que el mismo partido exaltado en masa se haya unido á los esfuerzor de los muchos que querian salvarle. Ahora que todo se encuentra acabado ya, es cuando ese partido habria sacado mayor honra de que se hubiese concedido un perdon á ese infeliz general que ha pagado con su sangre la villanía y la inmoralidad de los hombres que le comprometieron y que en tan poca estima le tenian antes.

El consejo de guerra, sin embargo, no ha vuelto a dar nuevas sentencias de muerte. Habrá comprendido probablemente que eu una insurrecion militar dirigida por generales y gefes de mayor graduacion, no era posible estender la misma ley á todos los insurreccionados. Parece que en este concepto, la mayor parte de estos han sido absueltos y puestos en libertad, y otros han sufrido condenas mas ó menos graves; pero ninguno el último castigo. Acatando, como acatamos, el fallo del tribunal, debemos decir sin embargo que no comprendemos esas penas arbitrarias impuestas por delitos que arrastran la de muerte segun la ordenanza. Su-

puesta la falta de indicios suficientes, ó la de culpabilidad bastante grave para aplicar esta última, parecia lo mas natural una absolucion absoluta. Si el consejo de guerra ha estimado otra cosa, habrá tenido para ello altas y poderosas razones que á nosotros no se nos alcanzan; tal vez haya seguido esa conducta porque se creeria en la necesidad de ser mas severo, y pensase que debia tener en cuenta para endulzar esta severidad el carácter especial del delito de que se trata. Si es así, le agradecemos en el alma que no se haya vertido mas sangre; pero descariamos que no hubiese confundido dos cuestiones que en nuestro concepto deben estar profundamente separadas la de trama, y la de sedicion, el delito politico, y el delito militar. La última es sobre la que era llamado á fallar; la primera no era de su competencia; las consideraciones de la una no han debido influir sobre las de la otra. Muévenos á decir esto alguna espresion del dictámen de la parte fiscal en que, haciendo precisamente esta confusion que nosotros quisieramos que se evitara, saca consecuencias desacertadas en nuestro concepto. Por lo demas, hacemos al tribunal la justicia de no haberse dejado supeditar por exigencias, absurdas de parte de unos pocos hombres que, mirando á la justicia como una venganza, quieren satisfacer esta última á toda costa, y amagan influir por cuantos medios morales estuviesen en su mano para lograr su intento. Si esos hombres no saben lo que son leyes, los encargados de aplicarlas no deben ignorarlo nunca.

Signense repitiendo esas disposiciones absurdas en todos tiempos que, tomadas solo para ostentar respeto y vigor, indican solo miedo y debilidad. Semejante proceder no puede menos de gastar sin necesidad los resortes de la accion ejecutiva, de que el gobierno ha menester mas que lo que á él le parece. Que no haga descontentos, le aconsejamos; de otra manera pudiera verse solo algun dia para luchar con los elementos desorganizadores, desarrollados unos espontáneamente por la crisis que recorreremos, y otros suscitados por su propia imprudencia.

Ha fallecido recientemente el no menos bizarro que generoso capitán de cazadores de la milicia nacional don Juan Guardia, herido en la noche del 7. Su muerte, generalmente llorada, es la respuesta mas categórica á ciertas especies insidiosas que recorrian ciertos círculos, y que por respeto á nuestro país no queremos indicar. Deja abandonada una familia numerosa, y no creemos que el gobierno la desatienda.

Los valientes alabarderos que hicieron la conocida hazaña del 7 han sido agraciados todos, como es sabido, con la cruz laureada de S. Fernando, y el grado inmediato. La Reina les ha hecho además una espresion de agasajo el ayuntamiento los ha festejado igualmente á su manera, y todos en general se han esmerado en obsequiar á hombres acreedores en todos conceptos á la gratitud del país; pero la fraccion del partido exaltado que tiene la habilidad de echar á perder todo lo noble y grande que acierta á caer en sus manos, ha tomado este de su cuenta, y no parará hasta desvirtuar aquella hazaña, si desvirtuada pudiera ser. En algunas provincias empiezan á recoger suscripciones para tan bizarros militares, y de una manera que nos parece ha de ponerlos en compromiso harto duro. Los hechos de honor, las acciones de gloria no se pagan con dinero, sino con honores y distinciones gloriosas, en el caso de que puedan ser pagados con algo. Los premios que les ha otorgado la patria en agradecimiento de lo heroicamente que cumplieron con su deber son los únicos que les pueden sentar digna y decorosamente. El dinero les vendria bien á las viudas, á los huérfanos, á las familias dejadas en el abandono por muerte ó inutilizacion de alguno de ellos; no habiendo esto, el dinero estaria en nuestro entender mejor empleado con otros huérfanos, otras viudas y otras familias de otros hijos de la patria que la han servido con honor y que estan esperando todavía su pan de socorro. Entre los suscritores hay uno que lo es por *un real*; es la critica mas severa de la colecta intentada.

Todas las provincias del reino si-

guen tranquilas. El movimiento insurreccional de la tropa de la guardia real acantonada en Zaragoza ha sido sofocado inmediatamente fusilando al general Borso, su promovedor. Presentan sin embargo un sintoma que infunde inquietud para lo presente y terror para lo porvenir. Hablamos de esa actitud imponente que toman ciertas ciudades, que, si no se contiene á tiempo, puede engendrar males que á nadie se ocultan. Es escusado recomendarse al gobierno lo urgente que es vigilar y reprimir cualquier movimiento que pudiera amenazar de nuevo la tranquilidad afortunadamente restablecida. De otra manera, será abrir la puerta francamente á la revolucion que tanto interesa cerrar de una vez. Los destierros, las multas, los demas excesos á que se entregan esas juntas revolucionarias, porque no es otro su nombre, son el preludio de atentados de mayor trascendencia, si no se aplicase con oportunidad el remedio. Hagalo por Dios el gobierno.

P. D. Ha llegado la noticia de que el pueblo de Barcelona acaba de apoderarse de la ciudadela, y que su intencion es arrasar desde luego su cortina interior. ¿Eran infundados nuestros temores?

Las últimas noticias que se han traslucido acerca del consejo de guerra nombrado para entender en los acontecimientos del 7, no son nada favorables á la clemencia. El brigadier Quiroga y Frias, está al parecer sentenciado á muerte; y sus demas co-reos, á penas mas ó menos severas. De este modo se han desvanecido las esperanzas que teniamos mas arriba de que no se derramaria mas sangre, fundadas en las primeras noticias que habian llegado á nuestros oidos, y que por lo visto eran infundadas. El dictámen de la parte fiscal nos lo habia hecho creer, pero ha mediado la circunstancia verdaderamente extraordinaria de agravarse la pena reclamada por ella, y de imponer una correccion á su representante, si no estamos mal informados.

Los hermanos Fulgosios están amagados tambien de una suerte muy triste. El fiscal, acaso movido en cierto modo

del mal éxito de la acusacion anterior, no ha querido que le tachen de poca severidad, y pide para ambos la pena de muerte. Es menester que se tenga entendido que uno de los dos acusados concurrió solo á palacio á sacar á su hermano del peligro en que le veía, y despues de ponerle en salvo, se entregó voluntariamente luego que vió que no habia podido evitar que despues cayese prisionero. El amor fraternal es pues todo su crimen. Nosotros ignoramos cuál será el fallo del consejo; pero, protestando anticipadamente de nuestro acatamiento á él, declaramos que nos duele mucho que sus disposiciones no sean otras. Esperamos sin embargo que en el ánimo del tribunal no pesarán mas consideraciones que las del delito que es llamado á juzgar, que decidirá solo de los hechos, no de los principios, que imperará la estricta justicia, no las circunstancias, ni las exigencias de nadie. Si, lo esperamos, porque otra cosa seria esperar un borron para nuestro pais, y esto no puede entrar jamás en nuestra idea.

Igualmente acabamos de recibir la siguiente carta de nuestro corresponsal de París, que nos ha llamado mucho la atencion por el hecho grave que en ella se menciona. La reina Cristina niega el hecho anunciado por nuestro embajador de que hubiese desmentido las tentativas de los sediciosos de las provincias Vascongadas. Ignoramos aun los términos en que esta se ha verificado, pero de todas maneras este es un acontecimiento que importa muchísimo su aclaracion al decoro de nuestro enviado, si no á la pacificacion del pais sobre que afortunadamente no puede tener ya efecto. Siempre habiamos creido que una noticia de la naturaleza de la actual, no habia sido anunciada con la formalidad correspondiente á su gravedad. Por lo demas esta es una cuestion que deben discutir exclusivamente entre sí la ex-regente y los hombres del dia. En cuanto al pais, poco tendria que agradecerle en verdad á dicha señora, porque hubiese desmentido que no era ella la que habia encendido las teas de la guerra civil y autorizado á los subleva-

dos que pusieron á sus hijas en tan gravísimo riesgos.

PARIS 23 DE OCTUBRE.

Grande es la sensacion que han producido aquí los asuntos de España. Los que se interesan por el bienestar de nuestra desgraciada patria no pudieron ver sin estremecerse encendida nuevamente la guerra civil que tantos perjuicios nos ha causado en los últimos siete años. Afortunadamente ha logrado sofocarse en breve, y quiera el cielo que no se vierta ya sangre. La muerte del iluso y mal aconsejado general León ha sido aquí generalmente sentida, si bien no faltaban algunos que creyesen que un castigo era el único medio de contener á los conspiradores. Lo que todos han admirado, cualquiera que sea su color político, es la noble conducta del señor Guardia, capitán de nacionales, que herido en el ataque de palacio, ha sido el primero á interceder por el general cuando estaba en capilla. Un corazón magnánimo y generoso es respetado de todos los partidos, y no ha habido una sola persona á quien no haya conmovido la generosidad del señor Guardia.

Ya tendrán Vds. noticia de la denegacion de Maria Cristina á la carta que el señor Olózaga dirigió al general Alcalá; paso el mas político y diplomático que pudiera darse, y digno del talento del hombre que lo ha dado.

Ahora bien, ¿qué significa la denegacion de Maria Cristina? ¿Autorizó ó no á O'Donnell y Montes de Oca? ¿Niega el hecho ó las palabras que el embajador español pone en su boca? Esto es lo que conviene aclarar competentemente; en ello estan interesados el decoro de España, y confiamos en que se pondrán en claro los hechos con la brevedad que exige la naturaleza de los acontecimientos.

Lo cierto es que aquí se habla públicamente de que en la calle de Courcelles se traman las intrigas; y es cosa dura en verdad que una nacion como la española haya de sufrir los males que pretenden atraer sobre ella

una docena de ambiciosos, muchos de los cuales estaban noches pasadas en el teatro francés, divirtiéndose muy bien mientras se publicaba en el *Moniteur* el parte telegráfico con la noticia del fusilamiento de Leon. ¡Asi se interesan estos hombres por sus compañeros!



NOTA. *Con motivo de la ausencia del señor don Jacinto Salas y Quiroga, la Revista del Progreso se encuentra ahora bajo la direccion de don Cayetano Cortés, quien se constituye moralmente responsable de todos los artículos que en ella se publiquen.*